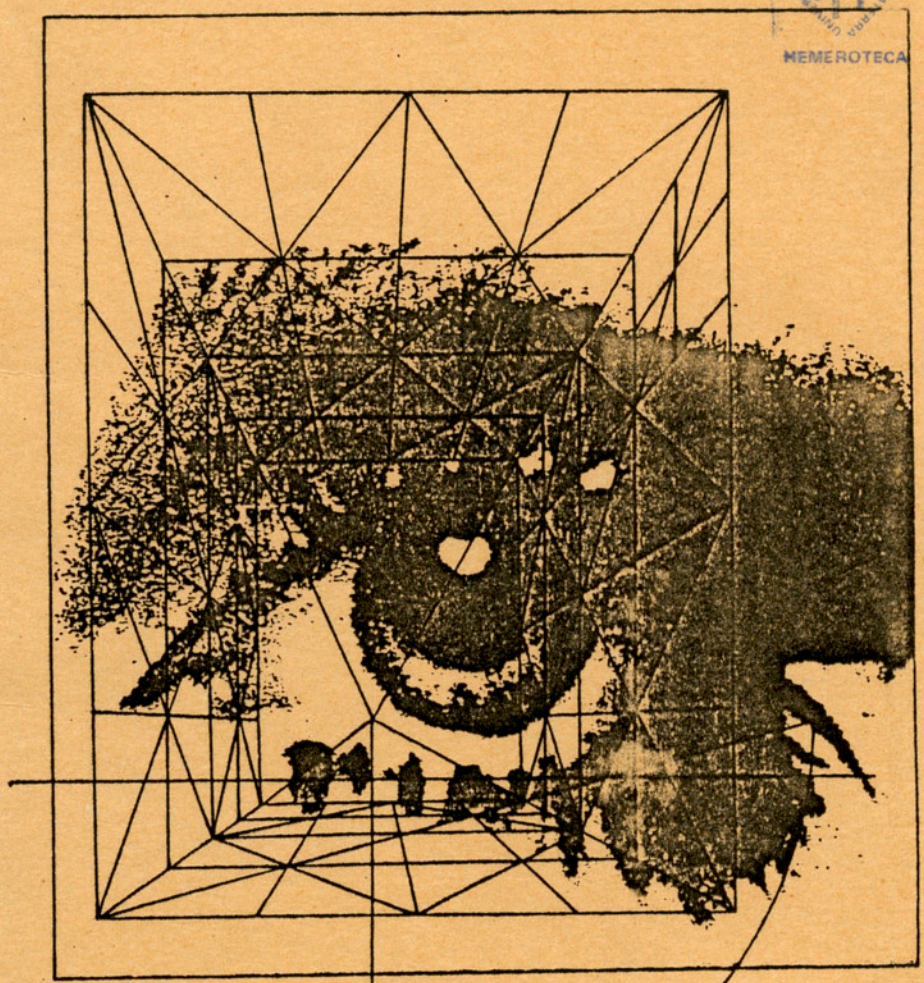
~CAOS~

UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA BIBLIOTECA
HEMEROTECA



ficción
especulativa

CAOS

ficción especulativa

Editor: **juan josé aroz**

Autor: J. J. Aroz

Dep. legal: BI-456-1980

Información y pedidos: Juan José Aroz
Zumalacarregui, 115
Bilbao - 7

Esta es una publicación del GRUPO CAOS :

Ficción
CAOS
Especulativa

Juan José Aroz
Pablo Gutierrez
Roberto R. Toyos

ante el río leteo

roberto r. toyos

Eurico fijó su mirada una vez más en los vaporosos giros de la niebla que, lentamente, ascendía desde la superficie del río. Durante varios minutos intentó hallar en la blancura de forma perpetuamente mutable una respuesta a su inquietud, al enigma que planteaba su existencia con cada bocanada de aire que absorvía, con cada gesto que efectuaba, con los mismos deseos insastifechos que bailaban una y otra vez en su mente, siempre demasiado esquivos a sus intentos y posibilidades.

La niebla se alzaba desde la superficie del río hasta una altura cercana a los dos metros, para luego desdibujarse, difuminarse, desaparecer en el aire o volver a caer sobre las aguas siempre ocultas del Leteo.

Eurico miró a su derecha y contempló en toda su extensión las aguas que se encaminaban en su dirección, siempre con el pálido manto de la niebla apoyándose frágilmente quien sabe dónde. Unos segundos después volvió la cabeza a la izquierda y vió las aguas alejarse de él y desaparecer en un recodo de la caverna, unos doscientos metros más allá. Alzó su mirada a lo alto y contempló el techo de la caverna a apenas cincuenta metros sobre su cabeza, brillando con una luz enfermiza de tonos verdosos y azulados, apenas suficiente para distinguir el tamaño y la forma de la caverna, ya que, aparte del río y la niebla eterna, apenas había algo digno de ser contemplado en la llanura de arena,-sólo arena, ni un decrépito y retorcido árbol, ni una reseca y pisoteada brizna de hierba-, que se extendía en torno al río y hasta las paredes de la caverna.

Eurico buscó en su macuto y extrajo un cigarrillo de hash, lo encendió y dejó que el sabor dulzón del humo llegara hasta lo más recóndito de sus pulmones. Cincuenta metros más allá una mujer repitió sus gestos. Eurico la contempló y reprimió sus deseos de ir hasta ella y cambiar algunas palabras, ya que los humanos que había en la caverna parecían mostrar poco interés en ser sociables el escaso tiempo que pasaban en la caverna hasta decidirse en un sentido u otro: cruzar al otro lado del río Leteo y olvidar aquella parte de su pasado que no quieren recordar... o volver a salir por donde entraron a la caverna y continuar sus vidas allí donde las dejaron.

Con su cigarrillo a medio consumir, sintió el deseo de beber algo. Se acercó a un gran aparato frigorífico que en sus costados lucía dos letreros: "BEBIDAS" y "PARA EL ESTADO ES PRECIOSA LA ESTABILIDAD DE CADA CIUDADANO". Eligió un refresco y, con él en la mano, volvió hasta su anterior ubicación, apenas a dos metros de la orilla del Leteo, a retomar sus pensamientos allí donde los dejara.

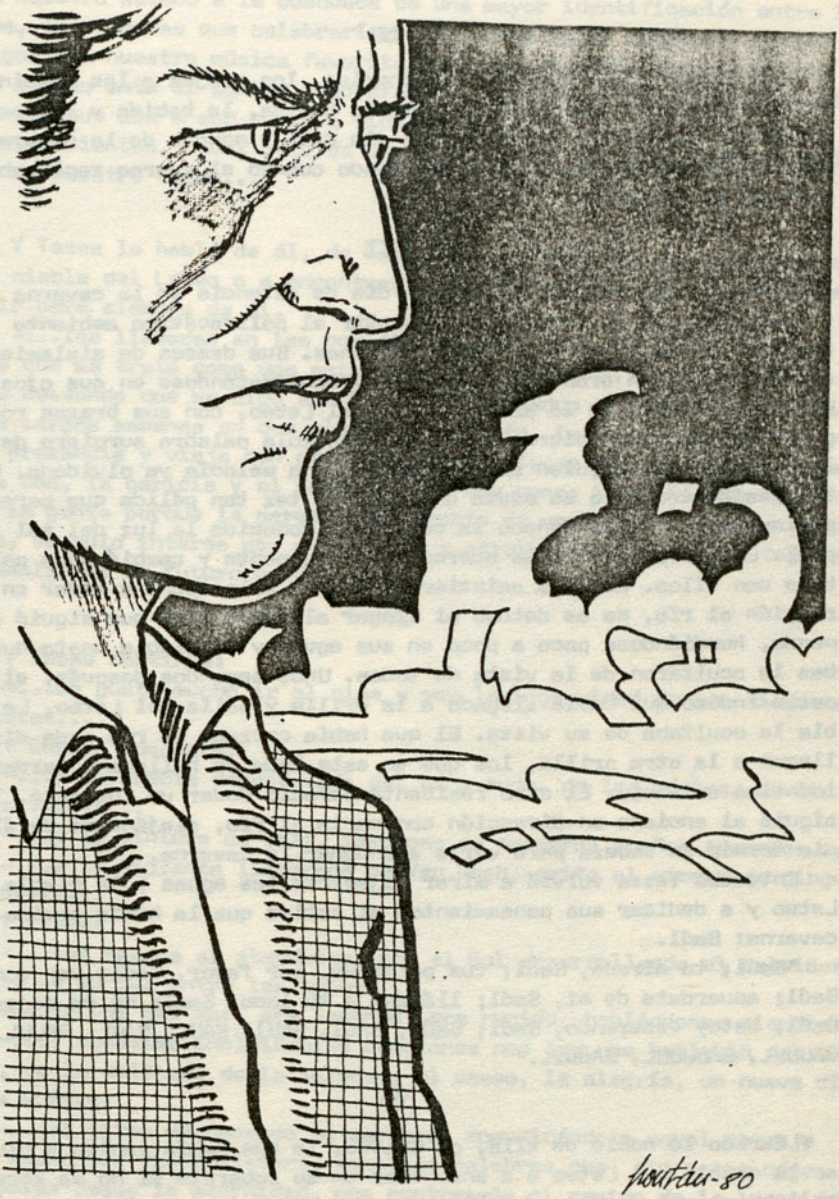
"Silvia, Silvia, nunca sabrás cuánto te amo y cuánto te odio por amarte, las palabras nunca saldrán de mis labios porque no serías capaz de entenderlas y, en el caso de que llegaras a comprender su trasfondo, sentirías miedo y seguirías huyendo de mí y sin embargo atrayéndome con cada uno de tus gestos, de tus movimientos, con tu misma existencia, gozando de la fascinación de lo que rechazas pero no del todo, de lo que apartas de tí pero no muy lejos. Si te lo dijera así, con estas palabras, ¿lo entenderías, Silvia, me aceptarías tal como soy o seguirías alejándote de mí y acercándote a mí, como una ola de la vida humana en este gran mar pomposamente bautizado Humanidad? Silvia, ¿oyes estos mis pensamientos? ¿qué tengo que hacer para que me aceptes, para que te acerques a mí con amor y no con piedad, con deseo y no con amistad, qué he de demostrar, qué he de pensar, cómo he de vivir para tener un hueco en la vida junto a tí? Silvia, tu nombre me recuerda tu cuerpo y las primeras ilusiones que en mí nacieron junto a tí, menos carnales y más etéreas, aquella límpida mirada que me traspasaba y hacía arder algo dentro de mí, algo que te empeñaste en apagar y de lo cual apenas subsisten unas cenizas que se empeñan en ocultar una débil brasa, quizás ppr temor a que tú la acabes de extinguir, o tal vez con miedo de que la avives y acabe por consumirme, no sé, no tengo nada claro, pero, ¿acaso tú, Silvia, lo tienes más claro y sabes los motivos de tu "sí-pero-no", de tu "te-amo-pero-no-a-tu-manera"?. Aquí estoy, Silvia, ante las ocultas aguas del río Leteo, para tomar una decisión, la más importante de mi vida, una decisión sobre tí y sobre mí, y entonces volveré sobre mis pasos y regresaré a tí, para seguir amándote y sufriendo tu admiración que no llega al amor, el brillo de esos tus ojos que prometen en falso mil y un felicidades muertas antes de ser concebidas, estando cerca de tí pero no contigo, siendo alguien muy importante en tu mente y tu vida, pero no el Número Uno... o seré valiente, todo es posible, y cruzaré el río Leteo para que sus aguas y su niebla borren de mi mente todos los recuerdos, todas las vivencias en las que apareces tú, para que así se cierre definitivamente un capítulo de mi vida y se abra, también definitivamente, otro, lleno de posibilidades, de oportunidades, de indeterminación y lucha por alcanzar el Nosotros que nunca tuve junto a tí...".

—Hola, se me acabó el hash, ¿sabes dónde puedo coger más?.

Eurico se volvió lentamente y contempló a la mujer que se hallaba ante él. Sus ojos examinaron cada centímetro del rostro de ella y a duras penas logró que las palabras de ella, repetidas otra vez, llegaran a su entendimiento.

—Hay más... allí... en aquél cajón... pero... yo te puedo dar un cigarrillo... si quieres.

Su mano automáticamente le extendió el cigarrillo y ella se apresuró a encenderlo. Los dos se sentaron en la arena y fijaron su mirada en la evanescente niebla del río Leteo.


Montán-80

II

Los cigarrillos de hash, las charlas, los viajes a las máquinas frigoríficas que les suministraban la comida, la bebida y los estimulantes se sucedieron en el tiempo sin días y noches de la caverna, comiendo cuando les apetecía y durmiendo cuando el cuerpo reclamaba su derecho al descanso.

III

Tessa había dedicado su primer día de estancia en la caverna a observar a los demás residentes y sentir el polifacético ambiente que creaban tantas y tan diferentes personas. Sus deseos de aislamiento, de introspección eran casi palpables, manifestándose en sus ojos cerrados, sentados en la arena, frente al Leteo, con sus brazos rodeando fuertemente sus piernas, sin que una sola palabra surgiera de sus labios, sin que alguien silbara bajito una melodía ya olvidada. Entre los residentes sólo se movía un viejo de tez tan pálida que parecía que nunca había abandonado la caverna y conocido la luz del sol en su piel. En dos ocasiones se acercó a un residente y cambió unas palabras con ellos. Los dos asintieron. Uno de ellos echó a andar en dirección al río, no se detuvo al llegar al mismo sino que siguió caminando, hundiéndose poco a poco en sus aguas y su niebla hasta que ambas le ocultaron de la vista de todos. Unos segundos después, el chapoteo indicó que había llegado a la orilla y salía del Leteo. La niebla lo ocultaba de su vista. El que había cruzado el río nada dijo al llegar a la otra orilla, los que en este lado se hallaban guardaron idéntico silencio. El otro residente pareció dudar un instante, luego siguió al anciano en dirección contraria al río, alejándose de él. Nadie torció su cabeza para verle abandonar la caverna.

Entonces Tessa volvió a mirar fijamente las aguas y la niebla del Leteo y a dedicar sus pensamientos al motivo que la había traido a la caverna: Saúl.

"Saúl; tu mirada, Saúl; tus palabras, por favor, Saúl; ven conmigo Saúl; acuerdate de mí, Saúl; llámame a tu lado, Saúl; no me dejes, Saúl; estoy esperando, Saúl; Saúl, SAúl, SAUl, SAUL, SAUL, SAUUL, SAUUUL, SAUUUUL, SAuu..."

IV

Y Eurico le habló de ella, de Silvia, la que había venido a olvidar en la niebla del Leteo o a encontrar en su cobardía si no se atreviera a huir para siempre de ella.

-...los proyectos que construimos sobre nuestra vida en común, aquella habitación que diseñamos en una tarde de ilusión y que nunca llegamos a ocupar, los viajes que íbamos a efectuar por los escenarios

de nuestro pasado a la búsqueda de una mayor identificación entre los dos, las fiestas que celebraríamos en compañía de nuestros escasos amigos con nuestra música favorita y la conversación languideciendo poco a poco ante el sonido cuadrafónico, aquella alternativa a la existencia que iba a ser nuestra vida apartados de las etiquetas y los encasillamientos, aquel gato de ojos azules que sería el tercer inquilino de nuestro hogar...

V

Y Tessa le habló de él, de Saúl, el que había venido a olvidar en la niebla del Leteo o a encontrar en su cobardía si no se atreviera a huir para siempre de él.

-...las llamadas en las que dice necesitarme, los encuentros en los que me trata como una amiga más, las noches en que comparto su lecho deseando que me diga ese "te amo" que nunca he oído de sus labios, las largas semanas en que olvida que existo, los meses en que rehuye mi presencia y viaja con otros y otras diciendo que así es mejor para los dos, la caricia y el gesto tierno que nunca ha realizado delante de la gente porque le parece poco propio de una persona de su categoría, su nulo interés por mi trabajo y aficiones, la negativa tajante a hablar de un futuro común...

VI

Y Tessa continúa:

-...me gusta mucho ir al cine y ver la ingenuidad de las viejas películas...

Y Eurico completa:

-...y la gracia desenfadada del cine mudo, de los cómicos de los años veinte...

-...y la pintura de Dalí, imágenes de nuestros sueños secretos...

-...y la violenta llamarada de Van Gogh, grito al viento de ninguna parte...

Y Tessa:

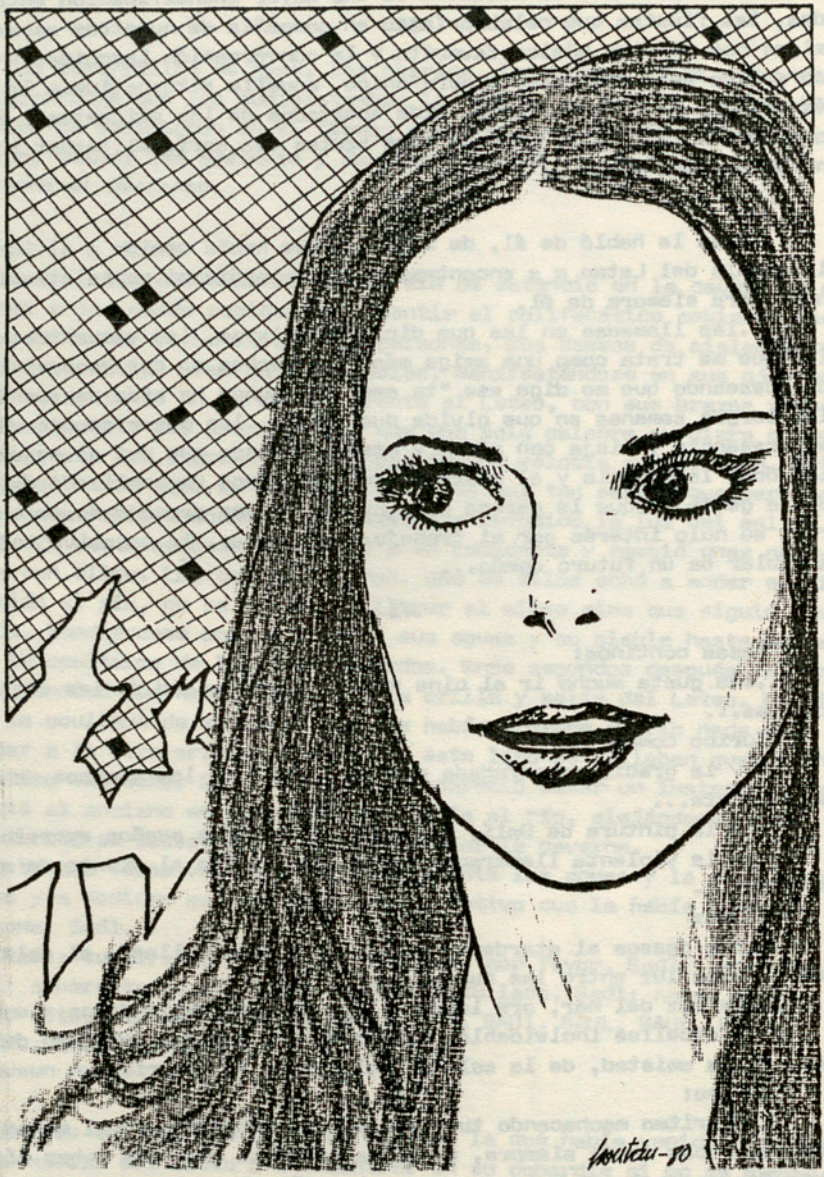
-...los paseos al atardecer, con el Sol desarrollando el caleidoscopio de su luz entre las nubes...

-...la voz del mar, ora lamento, ora rugido, hablándonos siempre...

-...y aquellas inolvidables canciones pop que nos hablaban del amor, de la amistad, de la soledad, el deseo, la alegría, un nuevo día..

Y Eurico:

-...el ritmo machacando tu cerebro, comunicándote aquel mensaje que esperabas desde siempre, aquellas palabras que, sin saber cómo, conocías desde la eternidad, una contraseña al camino de la identidad, de la simpatía, y tu cuerpo respondiendo al ritmo, ya rápido para desahogar la necesidad de gastar tus energías, ya lento para contestar a la necesidad del amor, de sentir una piel contra tu piel...



Y Eurico extiende su mano y acaricia la mejilla de Tessa, que inclina su cabeza hacia él para aumentar el contacto, y la mano pasa al cuello de Tessa para resbalar después hacia su escote y buscar sus senos con treinta años de frustración y vaciedad, sacarlos a la luz verdosa y azulada de la caverna y contemplar como adquieren firmeza y expresan deseo en su rotundo desafío al erguirse frente a Eurico. Este, a ciegas, apretando sus párpados en un deseo de no despertar, busca los labios de Tessa, los halla y siente, sólo siente, sin pensar, dejando de lado planteamientos y realidades, olvidando a los demás residentes de la caverna, con su vista siempre fija en la ondulante niebla del Leteo, y allí, delante de todos y sin embargo alejados por infinidad de galaxias, se aman con prisa, deseando recuperar el tiempo perdido, cerrar las viejas heridas, bajar las persianas que dan vista al pasado, abrir un nuevo capítulo en su libro lleno de borrones y tachaduras.

Y Tessa por por primera vez oye un "te amo", repetido mil veces y en todos los tonos posibles, silencioso como la niebla del Leteo, ruidoso como el chapoteo de aquellos que cruzan las aguas del olvido; y Tessa siente por fin las delicadas caricias con las que siempre soñó y las devuelve con el mismo cuidado sintiéndose plenamente mujer, Tessa y Eurico, Eurico y Tessa, tú y yo que deja paso a nosotros...

VII

Entonces dejaron de contemplar las nieblas del Leteo y olvidaron el apagado rumor de las aguas deslizándose hacia un destino desconocido, los carteles luminosos que proclamaban en grandes letras la preocupación del Estadopor la felicidad y la armonía psíquica de la comunidad se volvieron invisibles a sus ojos, la figura espectral del anciano que avisaba a los residentes del fín de su estancia en la caverna del Leteo se disolvió en su felicidad, los mismos residentes que esperaban el momento de tomar su decisión se desvanecieron en el olvido de Eurico y Tessa, dejándoles sólos, permitiéndoles comparar lo parecidas que habían sido las trayectorias de sus vidas, la semejanza clarísima entre sus proyectos de Futuro, la inequívoca unanimidad de su visión ante la vida, permitiéndoles forjar nuevos planes unificados para los años por venir, para los instantes que aún podían disfrutar, siendo uno en la arena de la caverna y soñando con ser uno fuera de allí, con rescatar el tiempo que habían dejado huir en sus relaciones pasadas... Y en la mente de Eurico la figura de Silvia se trasmutó en la de Tessa y a ella trasladó todas las ilusiones, todos los deseos, todas las esperanzas, todos los mañanas posibles y anhelados. Y en la mente de Tessa la figura de Saúl adquirió los perfiles y las palabras de Eurico para anhelar que Saúl fuera como Eurico, al menos un poco más Eurico, y soñó con mañanas en los que Saúl le daba todo lo

que Eurico le había aportado en la caverna, con días en los que Saúl desarrollara como actor experimentado el papel de Eurico y ella se sintiera feliz con aquel Saúl que ella amaba pero no era como ella deseara.

Y en la caverna los días sin sol ni luna se sucedieron casi imperceptiblemente, entre recuerdos, proyectos, deseos, visiones de otros ayeres y algunos mañanas, sin notar que los residentes eran interpelados por el espectral anciano y se levantaban de la arena para tomar su decisión.

VIII

-¿Cómo viniste aquí? -preguntó Tessa a Eurico.

-Un día recibí una carta del Ministerio de Relaciones Laborales en la que me decían que habían observado un notable descenso en mi capacidad de rendimiento, descenso que achacaban a mi conflictividad emocional. Por ello me sugerían que me tomara unas vacaciones y que meditara sobre mi futuro. En el sobre venía la dirección de la caverna, un pasaje de trasporte hasta ella y un vale de alojamiento por un mes de estancia. Supongo que fué la curiosidad y el sentido del deber cívico lo que me trajo hasta aquí... eso y el deseo de... no sé, hacer algo que cambie mi vida o, al menos, le dé sentido. ¿Y tú?.

-Algo parecido: una crisis nerviosa me puso en manos de un psiquiatra que me habló de las extrañas propiedades terapeúticas del río Leteo. El resto de la historia ya lo puedes suponer.

Tessa vuelve su cabeza hacia Eurico ofreciendo sus labios y, a través de sus párpados entornados, alcanza a distinguir la blanca figura del anciano que se inclina hacia Eurico y le habla en un tono de voz apenas perceptible:

-Señor Eurico, es el momento.

Eurico le mira sobresaltado, luego vuelve sus ojos a Tessa y la sonríe.

-Hasta luego, Tessa, te espero en la otra orilla, para vivir lo que hasta ahora sólo son sueños pero mañana convertiremos en un hermosa realidad, nuestra realidad.

Eurico la besa suavemente, se levanta y camina hacia las aguas, siente su frialdad y el roce etéreo de la niebla. Sólo una vez vuelve la cabeza atrás, para sonreir a Tessa, que sigue sentada en la arena con los ojos fijos en él. Luego la niebla se traga a Eurico. Unos segundos después se oye el chapoteo que produce alguien que sale del agua. Después sólo silencio.

El viejo se inclina sobre Tessa y con la misma voz de ultratumba dice:

-Señorita Tessa, es el momento.

Tessa se levanta y durante unos momentos contempla las aguas y la

niebla, luego comienza a caminar detrás del anciano, hacia la entrada a la caverna.

"Adiós, Eurico, yo nunca cruzaré el Leteo, no soy tan valiente como tú o tal vez es que me resisto a creer que las cosas siempre continuarán así y Saúl nunca cambiará. ¡Oh, Eurico, no sabes cómo deseo que Saúl fuera como tú, no lo sabes ni lo sabrás nunca! Pero es a él a quien amo y amaré, aunque no sea como yo deseo, aunque nunca cambie para hacerme feliz a mi manera. En todo caso... tu recuerdo me dará fuerzas para seguir a su lado y la esperanza de que algún día mi sueño sea realidad. Adiós, Eurico-que-ojalá-hubieras-sido-Saúl, adiós para siempre".

Y Tessa se marcha sin mirar atrás, sin dar un último vistazo a aquellas nieblas y aquellas aguas que, por un momento, le han ofrecido la posibilidad de dar un giro total a su vida.

IX

Eurico sale del agua completamente empapado ya que el río llega a cubrir totalmente a los residentes que lo atraviesan. Llega a la otra orilla y se detiene un momento indeciso. Sabe que se llama Eurico y que es un impprtante urbanista, pero tiene la sensación de que hay algo que se le escapa, algo relacionado con un nonbre y un rostro, con unos planes y un futuro. Se detiene meditabundo, intentando hallar el fino hilo que se desliza a través de su mente, en perpetua fuga, ahora ya inalcanzable. La sensación pasa, alza la vista y vé que cien metros más adelante hay un túnel. Camina hacia allí.

-Hola, Eurico, te estaba esperando.

Una mujer rubia se ha adelantado a su encuentro. Eurico tiene la sensación de que la conoce, de que ha jugado un papel muy importante en su vida, de que tiene que... ¿qué es lo que tiene que hacer? ¿Y por qué?.

La mujer le alcanza una toalla y él comienza a secarse.

-¿Me conoces? ¿cómo te llamas?.

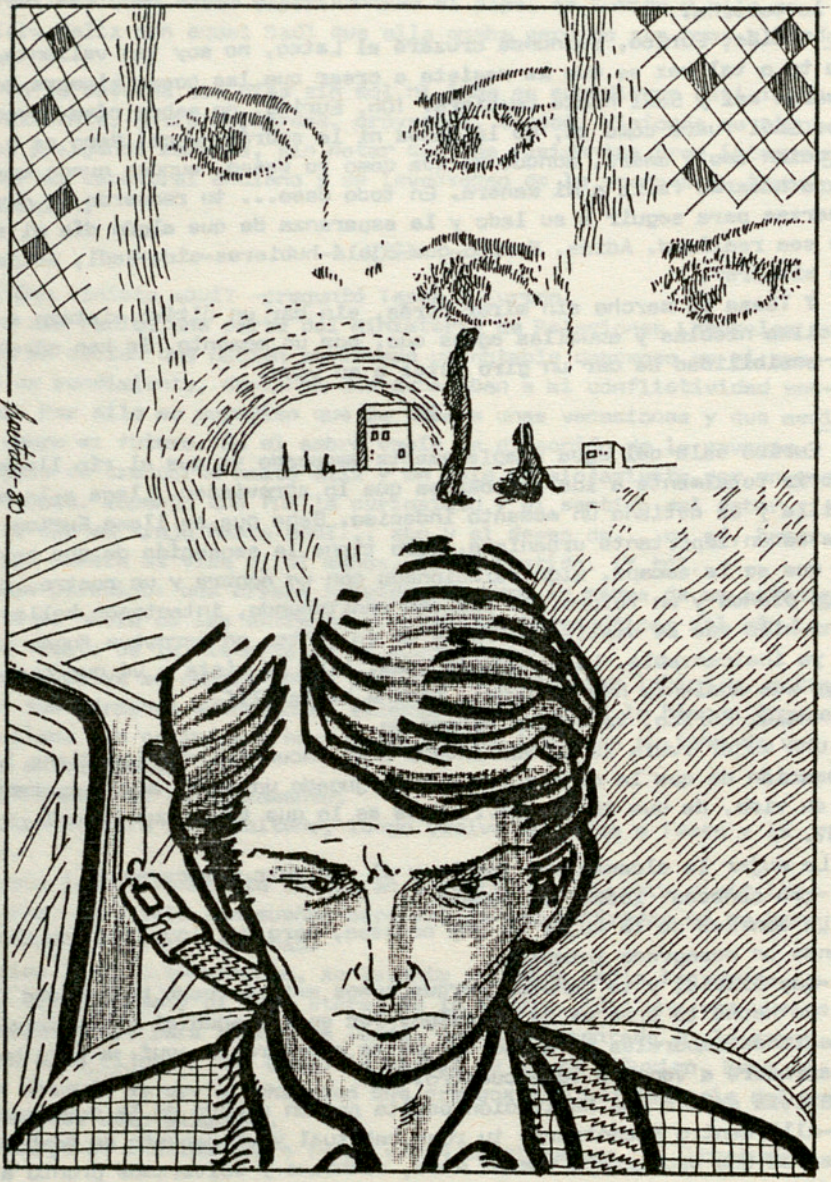
La sonrisa de la mujer es una promesa, pero de alguna manera Eurico siente un desagrado interior.

-Soy Silvia, y te conozco porque somos amigos desde hace mucho tiempo. De hecho tú eres mi mejor amigo. Por eso, cuando el Ministerio de Relaciones Laborales me avisó de que te encontraría aquí, a esta hora, me apresuré a venir a tu encuentro.

Silvia señala una habitación oculta por un recodo de la caverna.

-Allí dentro encontrarás tu ropa habitual y un paquete de hash de la marca que usualmente fumas. Anda, cambiate y volveremos pronto a la ciudad.

Eurico desaparece en el interior de la habitación y Silvia comienza a conversar con un anciano de tez blanquecina que ha aparecido repenti



namente ante ella.

-¡Ah, es usted!.

-Sí, señorita Silvia, otra vez por aquí, ¿eh?.

-Pues sí, es la tercera vez en siete años. Según los psicólogos sociales, al cabo de cierto tiempo siente una insatisfacción ante todo y unos deseos de romper con el pasado y comenzar de nuevo...

-Por suerte para todos, disponemos del Leteo, ¿eh, señorita Silvia?

-Dice usted bien; en caso contrario, ¿qué sería de nuestra Sociedad, amenazada por el cambio y los caprichos de la gente? ¡Ah, ya estás aquí, Eurico, pues nos vamos!.

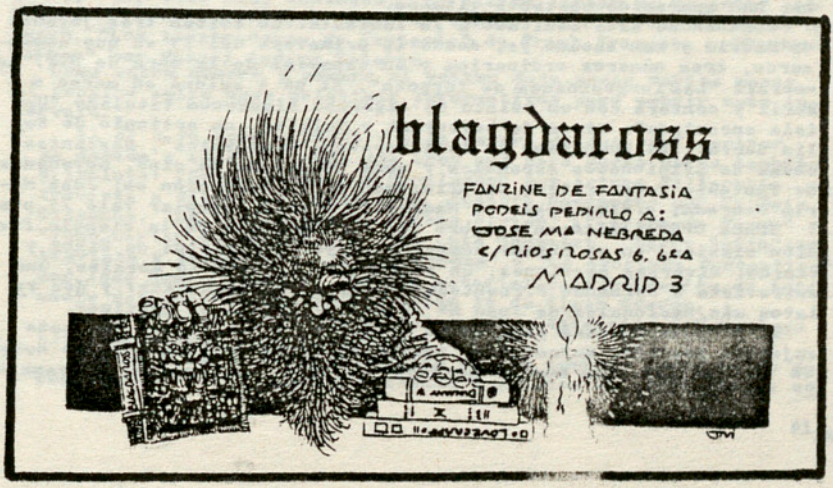
Ambos caminan por un largo pasillo bajo la mirada atenta del anciano. Salen a un valle encajonado entre montañas. Cerca hay un gigantesco aparcamiento repleto de lujosos coches. Un poco más lejos un lujoso restaurante lleno de gente. Silvia se sienta al volante de uno de los autos y Eurico en el asiento contiguo.

De repente un rostro femenino apenas entrevisto entre la multitud del restaurante al lado de un hombre le evoca un nombre deforme en su mente, Tracia, Tracy, Tassi, Tessi..., el nombre acaba por difuminarse y Eurico siente que acaba de perder algo muy importante para él, aunque se siente incapaz de concretar que es lo que ha perdido. Quizás no era muy importante, ya que lo ha olvidado. Ahora lo principal es el futuro, piensa. Y, ¿quién sabe?, a lo mejor Silvia, esa desconocida que le ha ido a buscar, tiene un lugar en su futuro. Aún es temprano para hacer planes, pero... Eurico sonríe a su futuro.

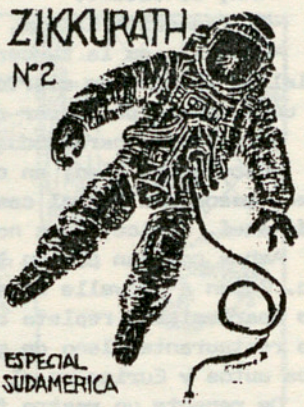
© Roberto R. Toyos y CAOS, 1979.

© Ilustración: Fco. Luis Frontán.

(Dedicatoria: A Maite Largo Rubio)



EL MUNDO DEL FANZINE



Como fanzine entiendo una revista amateur hecha por gente aficionada a un tema, que se edita sin ánimo de lucro ni utilización de los canales de distribución normales, es decir, que es vendida entre amigos, suscriptores y librerías especializadas.

De entre todas las temáticas que abarcan: poesía, literatura, comic y comix, política, ciencia ficción, fantasía, etc... voy a hablar de éstas dos últimas, la ciencia ficción y/o ficción especulativa, según se entienda, y la fantasía.

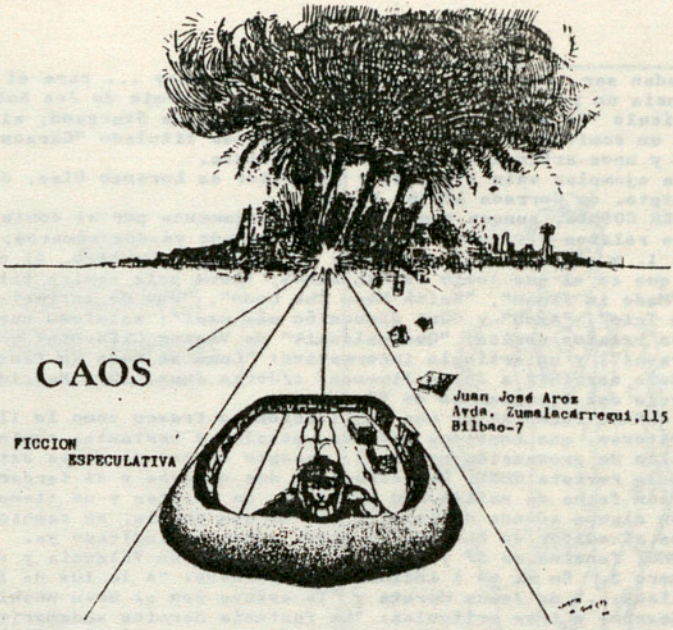
Desde los nebulosos años sesenta con Carlos Buiza y su CUENTATRAS han ido viendo la luz numerosos fanzines (TRIP, GENESIS, ENTAMU GALACTICU, FUTURA, PSICOSIS, por citar algunos) que no pasaron de sus primeros números y se eclipsaron. Sólo uno continuó tenazmente desde 1.974: ZIKKURATH, fanzine que después de una decena de variados números, se internó en la ficción especulativa, ocupando con autores nacionales un 50% de sus páginas y dando a conocer la Nova-expressión al público de S.F. Con el nº 19/3, que ha sacado en Febrero, se marca el final de ZIKKURATH como fanzine pues a partir de marzo saldrá a la calle como revista profesional. Le deseamos la mejor de las suertes.

Mas el mundo del fanzine no se queda vacio, otros fanzines ocupan el hueco dejado por sus antecesores. De un año atrás en adelante, han aparecido bastante títulos.

BLAGDAROSS está dedicado a la fantasía. Lo editan tres jovenes de Madrid y han sacado ya, desde la primavera del 79 en que comenzaron, tres números ordinarios y un especial de la obra de H.P. Lovecraft "Las fungosidades de Yuggoth". El nº 4 saldrá en marzo o abril y contará con un relato de Algernon Blackwood titulado "Una isla encantada", otros de Lovecraft y Tolkien, un artículo de Emilio Serra: "El humorismo en la literatura fantástica", bastantes cosas de aficionados españoles y unas secciones de cine, novedades de fantasía y de crítica de aficionados. Su dirección es: José María Nebreda, c/Rios Rosas 6, Madrid -3 y cada ejemplar vale 75 ptas.

SPACE OPERA salió en octubre del 79. Se ocupa de la ciencia ficción clásica, en el primer número incluyó dos relatos de Bixby y Clarke, diversas secciones, un portofolio de Carmelo Rosales, una entrevista a Fernando P.Fuenteamor (editor de Zikkurath) y dos relatos más, nacionales, de Jose Mª Segador y Miguel A. Martinez.

El nº 2 se editará para marzo y, aunque su contenido aún esta sujeto a posibles mutaciones, contendrá cinco capítulos de la novela de Clarke: "Los mundos perdidos de 2001", un relato de Frank Her



bert y otro de Carlos Saiz Cidoncha, un comic, relatos cortos de españoles y un artículo de Jose Vicente Rojo.

Lo edita Miguel A.Martinez, dirección: Cipriano Sancho 40, Madrid 17, y cuesta 180 ptas. El alto precio es debido a la esmerada presentación en forma de libro del mismo.

FAN DE FANTASIA se dedica de lleno a la ilustración y los articulos de SF y fantasia. Es un fanzine bien imprimido cuyo nº 1 salió en octubre a tiempo para presentarse en la Hispacon 79 y llevarse una mención. El contenido de ese número era: "Jack Vance, vagabundo delas estrellas" por Carlos Saiz Cidoncha, "Sobre Robert Silverberg" por Emilio Serra, "El Mabinogion" por Arturo Villarubia, "Sea con 79" por Jose Luis Gonzalez, "El último tarzán de Hogarth" por Miguel A. Arenas, "Jungle tales of tarzan" entrevista con Burne Hogarth, "Los ilustradores de fantasia" de Frank Frazzeta y "Richard Corben" por Manuel Andres Esteban.

Como entre número y número el editor deja pasar varios meses, el fanzine emite unos boletines informativos para cubrir este intervalo.

El nº 2 ya esta acabado y a la espera de que su faneditor se decida a sacarlo, cosa que creo que hará hacia marzo también, e incluye: "Sobre Stephen R.Donaldson" por Arturo Villarubia, entrevista a dicho S.R. Donaldson, "Leigth Brackett" por C. Saiz Cidoncha, "La tierra que el tiempo olvidó", "Carson de Venus" y "John Carter de Marte" por Jose Luis Gonzalez, "Barry Smith" entrevista y portofolio, "Flash Gordon" y "La aventura fantastica" por Jose Ramon Cordero. Todo el material de ilustración es totalmente desconocido en España, salvo lo de Flash Gordon.

El editor es Jose Luis Gonzalez Lago, dirección C/Garcilaso 13, Madrid 10 y vale 150 ptas.

TERMINAL es un fanzine que vió la luz también hacia otoño del pasado año. El nº 1 iba con comics y relatos de extranjeros, co

mo puedan ser, Sturgeon, Asimov, Howard, Dunsany ... para el nº 2 anuncia un portofolio de Kenneth Smith, un comic de Joe Kubert el artículo "El eternauta" y una novela corta de Sturgeon, el nº 3 será un comic de M.W. Kaluta de 72 páginas titulado "Carson de Venus" y unos artículos sobre Venus y Kaluta.

Cada ejemplar vale 150 ptas y su editor es Lorenzo Díaz, dirección: Apto. de Correos 18056, Madrid.

WATER COSMIK, aunque ocupado mayoritariamente por el comic, incluye relatos y poesias de S.F. Han tirado ya dos números, el 0 y el 1, y el nº 2 está por salir de un momento a otro. El número 1, que es el que tengo en las manos, tiene seis comics titulados: "Made in Japan", "Keith Moon The Loon", "Una de antimateria" "Space Trip", "Axon" y "Una dimensión más real"; asimismo cuenta con dos relatos cortos, "Quetzalcoalt" de Victor Cifuentes y "Electro Travel", y un artículo informativo: "Como se hace un fanzine".

Podeis escribir a Jorge Jimenez, c/Jorge Juan, 127, Madrid. El precio del ejemplar es de 50 ptas.

EL JARABE PULMONAR es una publicación, o frasco como lo llaman sus editores, que contiene relatos, poesias y bastantes comics; todo ello de producción nacional, excepto un par de cosas extraidas de la revista OMNI. Han tirado ya dos números y el tercero no tiene aún fecha de salida. Su precio es de 75 ptas y no tiene dirección alguna adonde dirigirse, por lo que podeis, en cambio, dirigiros al editor de BLAGDAROSS cuyas señas he indicado ya.

GNOMO, fanzine de SF y fantasía es editado en Valencia y va por su número 2. En el nº 1 incluían dos relatos: "A la luz de la luna llena..." de Jesús Morata y "Yo estuve con el buen pueblo" de Juan Gascón; y tres artículos: "La fantasía heroica sudamericana" de Eduardo Barreto, "La literatura infantil" de J.J. San Antonio y "Tarzán ha cumplido 50 años", acompañados de unas reseñas de fanzines a cargo de Dorita Gray. En el nº 2 van los relatos: "Incorregibles" de J.J. Aroz, "Día de fiesta" de Jesús Morata, "La tierra esta de moda" de Manuel Lopez, "El inicio de todos los finales" de Jose Vicente Rojo y "Los seres de k, nas han regresado" de Juan Gascón.

Este es un fanzine en vias de desarrollo que , como ya habreis observado, sólo publica material literario español. Su precio es 25 ptas y lo edita Juan Gascón, c/Pedrota, 4, Aldaya VALENCIA.

XARABATZ tiró su primer número hace ya mas de un año, en él iba el estupendo comic "El sabueso" por Juan Octavio, los relatos "La apuesta" de Pilar Muñoz, "Coincidencias" que creo que es de Ruiz Marquez, los artículos "El comic femenino" y "Richard Corben" de Vicente Escudero y poesías de Koldo Muñoz. Ahora, por fin, sale el nº 2. Cuenta con tres portofolios de, respectivamente, Jesus Morata, Juan Octavio y diversos dibujantes que acudieron al festival de la historieta de Gijón; el comic "Lecciones de ética en el 2984" por Juan Octavio, los relatos "Cronicas simiescas" de Xabier Aroz, "Señores y esclavos" de Morata "En un grito" de Agusti Solla, el poema "Mis suicidios" de J.J. Aroz y un articulo de Ruiz Marquez titulado "Los orígenes de la Fantasía Heroica".

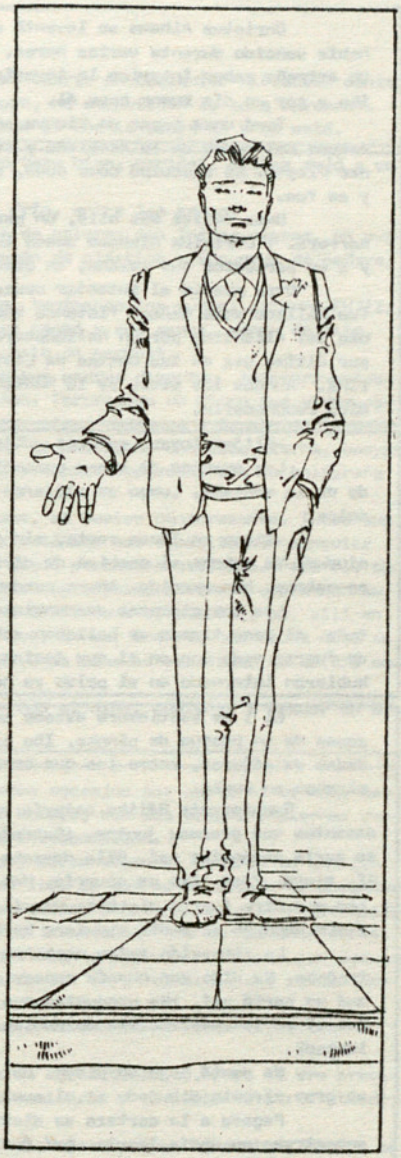
Cada ejemplar vale 75 ptas y la dirección del fanzine es: José Javier Lopez, E.Saconetas,5, Lejona VIZCAYA.

Nada más, estos son los fanzines de los que tengo noticia de su existencia. Quiero agradecer la colaboración que me han brindado los faneditores de cada uno de ellos, sin la cual el artículo sería menos informativo.

©Juan José Aroz y CAOS, 1.980.

NOTAS EXPLICATIVAS SOBRE TANATOS

JUAN
FRANCISCO
GUERRERO



Christus Alhamm se levantó aquella mañana a las diez. El sueño le había vencido durante varias horas. Había tenido pesadillas horrorósas y un extraño sabor interior le invadía. Sentía presonitoriamente que hoy no iba a ser un día bueno para él.

Tomó unas copas de bienva antes de salir de casa. Se deslizó por el embudo del hueco de la escalera y fue a caer sobre el moño de la señora Anner Fleytt. Se disculpó como pudo, recogió las provisiones que ésta traía y se fue.

Unas calles más allá, un perro-mastodonte le aplastó en su alocada carrera. Y Christus Alahamm quedó tumbado en el suelo, junto a una cloaca y a un periódico que rezaba, en grandes titulares:

"Otro muerto al intentar cruzar el Atlántico buceando.- Dogak Lych fue hallado esta mañana flotando boca arriba con el estómago hinchado en medio del Atlántico por un helicóptero que venía de vuelta. Dogak Lych respiró por última vez en las costas de Liberia antes de comenzar su travesía submarina. Aunque los peces se le habían comido los pies, sus familiares han podido reconocerlo.

-Elijan lugar, señores -dijo el árbitro.

Los agentes de ambas compañías llevaron a sus hombres uno a cada lado de la montaña. Luego se alejaron unos pasos, dejando a los dos gigantes solos.

-Sigan en línea recta, sin desviarse, hasta el otro extremo de la ciudad. Ya saben: si cambian de dirección más del margen establecido de cinco metros, han perdido. Ahora pueden irse .

Los dos gigantes descendieron a trompicones por la falda de la montaña. Al poco tiempo se hallaban sobre los primeros de la ciudad. Y haciendo fuerza cada uno en el que tenían delante, tumbaron las paredes. Cuando se hubieron internado en el polvo ya no se les vio desde la montaña.

El 1 de septiembre estaba andando perdidamente por las sendas pedregosas de un bosque de pinoks. Iba arrastrando los pies, y a mi paso las bandadas de pájaros, entre los que creí distinguir un gran perico venusino, se alzaban en vuelo.

Seguramente Bélika estaría en su apartamento, pensando en los últimos momentos que pasamos juntos. ¿Extrañada? Desde luego. Normalmente la gente no se suele comportar así. Ella deseaba hacer el amor, y yo también. ¿También? Sí, claro. Pero algo me ocurría. Una especie de aprehensión total de mi voluntad por otra fuerza distinta de mí. La tenía en mis brazos, acariciándola, y sin embargo no podía siquiera besarla. Eso es: no podía, no me atrevía.

La situación entre nosotros cambiará inevitablemente. Se quedó extrañada. Me dijo que quería pensar. Un rato. Seguramente para comprender por qué me porté así. ¿Me preguntas que qué me ocurre? Oh, Bélika, ¿crees acaso que si yo lo comprendiera me hubiese dejado arrastrar por algo ajeno a mi voluntad?.

Me senté bajo un pinok. Un poco más allá había otro árbol rodeado por un gran círculo dibujado en el suelo. Me llamó la atención.

Pegado a la corteza se distinguía un pedazo de papel. Desde donde me encontraba no podía leerlo. Así que me levanto, atravieso el círculo, me acer-

co al pinok y leo:

"Este árbol está cortado. Puede caerse en cualquier dirección dentro del círculo trazado en el suelo. Peligro, no atraviesen la zona marcada".

Cuando acabé de leerlo, el pinok se abatió sobre mí y me mató.

Con la inevitable frase de "Pórtate bien, cariño", Bálika dejó a su hijo en la habitación y se fue.

Este tenía un disco metálico, frío, entre las manos.

En el suelo, los grandes cubos de colores con letras negras, un puzzle con sus piezas aquí y allá, un camión de plástico y una cruz de madera, desparramados.

Sus manos, sin soltar el disco, tanteando los cubos: primero FHITZ, luego EWJKI, mas tarde QYRAE. Al fin se cansó y sus manos, manos de niño, tumbaron el edificio de cubos por el suelo de parquet.

En la habitación, las voces de sus padres discuten ininterrumpidamente. El sonido se la vuelve contagioso. Tarareando un ritmo que viene espontáneamente a su cabeza, sobre los juguetes, comienza a desmontar la cabeza de un payaso de peluche que se tiene de pie sobre una sola pierna, apoyado a la pared de papel amarillo dibujado concienzudamente con un bolígrafo azul.

El disco, ya caliente en su mano, se vuelve omnipresente. Todas sus sensaciones se reducen a aquella forma metálica que deposita con singular veneración sobre uno de los cubos. El disco permanece estático. Pero él, con la mirada fija, recorrer cada una de las superficies pulidas, olvidando su entorno hasta que, al fin, a través del brillo que se despide, ve, allí en el fondo, una inmensa superficie acuática, un mar inmenso que cubre toda su visión. Sólo mar, de un color grisáceo, unas olas al atardecer de un día nublado.

Y el disco, en íntima comunión con el niño, comienza a crecer en aquel medio.

La ambulancia llegó entre grandes agasajos por parte de la masa callejera que se apelotonaba para ver al hombre, con los brazos y piernas rotas, reposando en el suelo en posturas inverosímiles.

Los enfermeros, con gran pompa y circunstancia, sacaron la camilla del interior del vehículo. Colocaron en ella el cuerpo aplastado de Christus Alhama y volvieron a introducirla en su sitio. Cerraron las puertas, después de saludar con gesto conmiserativo a los transeuntes que se hallaban cerca, montaron en la ambulancia y se fueron, lanzando sonidos sirénicos por doquier.

Un peatón se les acercó corriendo con toda velocidad que podían desarrollar sus varios pares de piernas.

-Soy médico -explicó, jadeante, a través de la ventanilla-. Si me necesitan...

El conductor asintió con gesto de agradecimiento. Pero no era preciso. Dentro de poco llegarían al centro sanitario y el paciente sería atendido convenientemente.

Y la ambulancia siguió su camino, dejando atras al doctor, siendo sa-

ludada de vez en cuando por un cariñoso claxon de algún automóvil que les cedía graciosamente el paso.

Christus Alhemm, a opinión de los doctores, se vería inválido para el resto de su vida. No podría usar piernas ni brazos. E incluso debía tener cuidado en sus movimientos menores, tales como mover la cabeza o los párpados. Christus Alhemm, después de enterarse, se sumió en un terrible estado de postración y parecía haberse creado un mundo interior en el que se notaba su fuerte formación religiosa.

Frecuentemente, la enfermera encargada de cuidarle día y noche le había oído hablar con Dios.

Una noche de verano, cuando las sábanas se hallaban sudadas y los inútiles brazos de Alhemm no podían separarlas de su cuerpo, comprendió la gran revelación de su vida. Comprendió al fin cuál era su tarea, por qué existía.

"Te he creado imperfecto -dijo una voz. Por eso no eres Dios. Pero lo he hecho así con el fin de que me sirvas, de que indagues para mí como se siente siendo uno así, imperfecto.. Ahora entra en el universo vivo, en el universo que yo he creado. Y dime cómo es, cómo sentís, cómo sufría.

"Aparecí un día en el interior de un pequeñísimo cuerpo, palpitante, con los órganos microscópicos recorridos por sangre que inundaba el feto. Me sentía bien allí, protegido, caliente y a gusto -recuerda Alhemm.

"Simplemente así. Me siento bien aquí.

"Luego nací.

"El mundo era distinto. Los sistemas de referencia se hicieron de pronto infinitamente grandes con respecto a los anteriores. Me sentía vacilar, perder toda hilazón.

Christus Alhemm explicó a su Dios cómo sienten los humanos, los que no tienen la categoría divina, y, por tanto, están sujetos a los padecimientos de este mundo. Christus Alhemm, durante días y noches, durante mucho tiempo, tuvo que ser alimentado por vía intravenosa porque el arrebato místico se asemejaba más que ninguna otra cosa a un estado de coma.

Y cuando despertó, gritó al ver a su enfermera:

-¡Quítame a ese perro-mastodonte de aquí! ¡Quiero matarme del todo!.

La señora de la casa, imbuída en su corsé, agobiada por la atmósfera de la sala, se ponía roja cada vez más, pero procuraba disimularlo, con bastante éxito, ante sus invitados. Y el baile continuó, a impulsos de la romántica música de los compositores de siglos pasados.

Pero alguien le llamó la atención sobre los ruidos que se oían tras la pared del fondo. Incluso el lucido de cemento comenzaba a presentar grietas asustantes. El ruido era como un rítmico y constante golpear de nudillos contra una puerta de roble de la biblioteca de la ciudad.

Su marido se le acercó con disimulo.

-¿Esperas a alguien, querida?.

-No, desde luego, cariño. No sé quién podrá ser a estas horas. Podría jurar que ya había saludado a todos nuestros invitados.

El ruido seguía en crescendo.

-¡Qué poca seriedad! ¡Venir tarde a una fiesta! -comentó un señor barbudo que se había unido al grupo espectante reunido en torno al muro que

se resquebrajaba.

Una piedrecita cayó al suelo.

-¡Pero Matías! ¿No dijiste a los albañiles que realizaran un trabajo a prueba de terremotos? -le preguntó la dueña de la casa a su marido.

-Desde luego, querida. No sé cómo ha podido ocurrir. Me quejaré a la constructora mañana mismo.

Una señorita alocada, de senos exuberantes e incipiente bocio decía, con voz un poco gruesa por exceso de bienva:

-¡Qué curiosidad! ¿Qué creen ustedes que será?

-No tengo ni idea, mi buena señora.

-Señorita.

-Ah, perdone usted.

Incluso la orquesta de cámara se había reunido con el grupo de espectadores de la pared agrietada.

Otro trozo de estuco cayó sobre un señor calvo y le abrió la cabeza. El delicado color rosado de la masa de yeso se tiñó con sorprendente prontitud con el rojo tirando hacia marrón del finado.

Y por fin, lo que todos esperaban se dio. La pared entera, en bloque, cayó sobre ellos y los aplastó. Nadie quedó con vida, excepto la señorita del bocio incipiente y senos generosos.

Uno de los hombres de las compañías que realizaban la prueba de competencia apareció tras la pared caída. Su rostro estaba congestionado por el esfuerzo.

-Hum, mi príncipe azul! -dijo la señorita.

Y el gigante, viendo que no le dejaba paso libre, la cogió por los brazos y describiendo un corto giro la estrelló contra el techo. Los grandiosos senos de la señorita se hundieron dentro del tórax, abriéndose paso entre las costillas. Y al caer al suelo, la señorita no parecía tan exuberante. Incluso el incipiente bocio se había escondido tras el hioides.

El gigante destrozó la pared del otro extremo y continuó su camino hacia la meta.

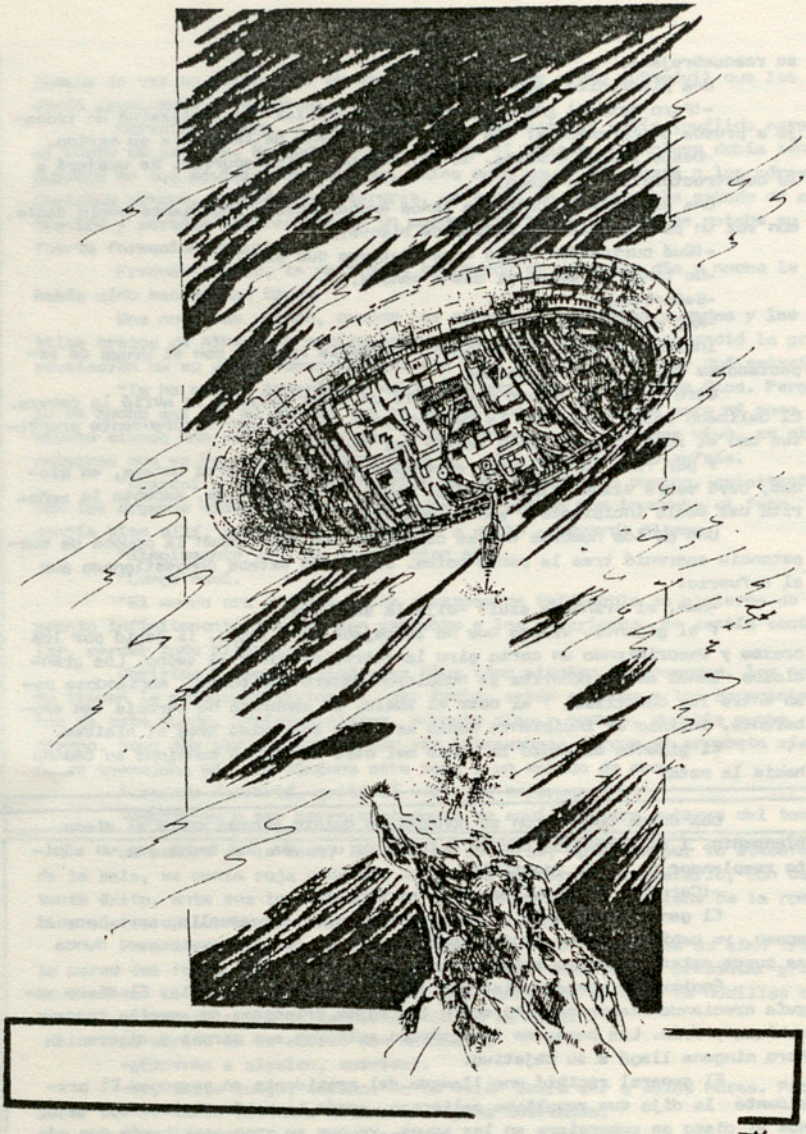
Los cazas comenzaron su nonagésimo quinto picado sobre el disco planeante. Y el disco los barrió a todos de una vez por todas con un súbito resplandor de color indefinido.

-¡Caramba, caramba! -se dijo el general.

El general no tenía ni idea de qué podía ser aquello, pero, por si acaso, ya había dado las órdenes oportunas para que lo derribasen. Nunca se puede estar seguro en estos casos.

Emplazaron armas antiaéreas de todo tipo en la orilla. El disco seguía creciendo alarmantemente sobre las aguas grisáceas de aquella tarde nublada y fría. Las bocas de los cañones soltaron sus cargas a discreción Pero ninguna llegó a su objetivo.

El general recibió una llamada del presidente en persona. El presidente le dijo que resultaba peligroso, según le habían informado, el que el disco se sumergiera en las aguas, ya que su gran masa haría que más de una población costera se viera invadida por el mar. Por otra parte no se



le podía dejar aterrizar en tierra, ya que aplastaría las ciudades. El presidente le dijo también que confiaba en su decisión y que cuando pasara este mal momento se reirían juntos ante un tablero de ajedréz y unas copas de bienva. Luego se despidió.

El general se quedó pensativo. Incluso no se percató de que el disco había volatilizado las baterías de tierra. Y seguía creciendo.

El general continuaba su silencioso monólogo apoyado sobre una roca de la costa. Y cuando el disco pasó a poca altura, cuando el aura luminosa de aquéllo apenas le rozó, el general se quedó convertido en una ardiente tea humana que se iba consumiendo con creciente rapidez. Al cabo de unos segundos, apenas era unas cenizas.

La nueva enfermera permanente produjo una gran impresión a Christus Alhemm. Una mañana, cuando despertó, la otra, la que se parecía a un perro-mastodonte, había sido sustituída por ésta.

Esta era distinta. Llevaba un uniforme de tejido bastante fresquito. E incluso le pidió permiso al cabo de una semana, aproximadamente, de cuidarlo, para poder quitárselo de vez en cuando, en los momentos de mas calor, y trabajar con la ropa interior. Alhemm se lo permitió.

La enfermera solía leer y tararear canciones de moda. Dormía allí, pasaba todos los días allí. Mañana, tarde y noche. La total imposibilidad de Alhemm para hacer los mas precisos movimientos lo hacían necesario.

Ella dormía en un catre, a los pies de su cama. Por las noches, cuando ella se desnudaba, él miraba por entre las pestañas su figura en contraste con el débil resplandor de la ventana. Era una muchacha calurosa, e incluso se quitaba la ropa interior al acostarse. Y él hacía esfuerzos sobrehumanos por vencer el efecto de la droga que le suministraba para dormir con el fin de poder contemplarla.

A la mañana siguiente, la enfermera, con su delicada figura sentada al borde de la cama, le leía las nuevas noticias:

"Desagradable incidente en el concierto de ayer. Un señor del público se abalanzó sobre la gran violinista Wertag Xlein, joven de reconocido virtuosismo, pretendiendo violarla. La Xlein, al ver al señor, dejó el violín a un lado y le esperó con los brazos abiertos. El señor se quedó pasmado y huyó del escenario lanzando aullidos ininteligibles. Wertag Xlein, con los ojos arrasados en lágrimas, se fue, y cuando el director intentó impedírselo, la Xlein le clavó el arco en la garganta. Los psicólogos dicen que la célebre violinista está bajo el signo de una fuerte fase depresiva aunque se rumorea que la Xlein es ninfomaniática y el sentirse rechazada por aquel señor le desniveló su precario equilibrio psíquico. Wertag Xlein ha sido internada en un sanatorio psiquiátrico, donde los médicos temen por su vida. Se niega a comer, no habla con nadie y su único movimiento es, de vez en cuando, el meterle mano a alguno de los doctores que se hayan a su cuidado.

"Por otra parte, la prueba de competencia de las dos compañías comerciales rivales, que luchan por la hegemonía del mercado, continúa su avance. Los gigantes han derribado ya varios casas y se dirigen hacia la meta. El primero que llegue será lógicamente el vencedor, y la compañía a que repre-

senta tendrá vía libre para inundar sin competencias de ningún tipo el mercado con sus productos manufacturados.

Alhemm cortó la lectura de la enfermera.

- Por favor. Es que... quiero...

- Sí, espere un momento.

La enfermera quitó las sábanas y le bajó los calzoncillos. Luego buscó el plato en el suelo. Cuando se lo iba a poner, Alhemm se lo impidió.

-No, en realidad lo que quiero hacer...

-¿Sí? -preguntó la enfermera.

Alhemm no sabía como empezar.

-Verá, mi infancia no fue feliz. Mis padres eran muy conservadores en cuestiones sexuales.

-¿Pero qué tiene que ver eso ahora?.

-No comprende? He permanecido toda mi vida solo, en mi cama, pegando la oreja a la pared de la habitación donde se acostaban mis vecinos del piso de al lado para escuchar sus suspiros de placer. Cuando salía a la calle y veía en los jardines a parejas o grupos enrrollados, pasaba de largo, pero mis anhelos se quedaban presos en aquellos actos. Siempre, toda mi vida, aunque nunca lo hice, deseé invitar a una muchacha a mi cama. Desnudarla, hacer el amor con ella. Esto nunca ocurrió. Y el tiempo iba pasando, y yo perdiendo las esperanzas.

-Pobrecito -comentó la enfermera.

-Luego llegó el accidente. Y con él se esfumaron mis posibilidades de hacer realidad alguna vez todo lo que deseo. ¿Quién podría sentir amor por un cuerpo roto como el mío? Dígame, ¿Quién?.

-Bueno... yo ...

-Nadie. ¿Acaso no es cierto que una mujer quiere que la acaricien, que todo su cuerpo sea explorado por una ruda mano de hombre?

-Pero, señor Alhemm, todo no es ser acariciada. Las mujeres sentimos también el cariño rodeándonos con sus brazos invisibles...

-No, en realidad todo lo dice para consolarme.

-Tenga por seguro que lo digo de todo corazón. Es cierto, señor Alhemm.

-Llámame Christus.

-Desde luego. Christus.

- Tú misma estás aquí, atada a mis cuidados, sin poder ir con hombres, sin habitar camas. Y si sigues así te harás vieja cuidándome.

-No importa, de verdad. Además...

-¿Sí?.

La enfermera comenzó a desnudarse. Y luego se tumbó sobre el inválido cuerpo de Christus Alhemm.

La señora Fleytt tomaba el sol sentada en el butacón junto a la cristalera. Cogió un periódico y se entretuvo ojeándolo.

"Singular cambio de conducta de las palomas de Venecia. -Los venecianos comienzan a ver con malos ojos a todo ser emplumado que surque los cielos. Por alguna extraña mutación, las palomas que llenaban las plazas de las igle-

sias de Venecia se han convertido en superpredadores. Los numerosos pollue-los que se hallan en los nidos colgantes de las fachadas de los edificios son alimentados por sus padres con carne de niños que raptan en los parques infantiles ante la desesperación impotente de los cuidadores. Varias patrullas de bomberos intentan exterminar a las ahora peligrosas aves, pero el resultado resulta nulo. Las madres no dejan salir a sus hijos a la calle, e incluso los adultos usan cascos de seguridad y procuran tomar lanchas cerradas. El negocio de las góndolas, por consiguiente, se halla en franca decadencia. Sobre todo desde que se da a conocer que las palomas también atacan de noche. El otro día apareció devorado un mendigo que se había dormido sobre un banco.

"Gigantesco disco de origen desconocido planea sobre la ciudad.- Desde ayer, un disco del que nadie sabe nada, y que crece continuamente, planea sobre el cielo de esta ciudad. Parece haberse detenido, aunque su tamaño continúa en perpetuo aumento. Los científicos elucubran con la posibilidad de que esté formado a base de un cierto tipo de energía psíquica producida por algún tipo de mente muy poderosa. El carácter indisciplinado y caprichoso que muestra el disco, su conducta imprevisible, hacen sospechar que su creador sea un niño o un ser de mente poco desarrollada.

La puerta se abrió y apareció la figura de su hija. La señora Fleytt se levantó del butacón y le dio un beso.

-¿Qué haces aquí, Bélika? No te esperaba.

-He decidido dejar a mi marido. Sobre todo desde que me enteré de la muerte de Ajkteen.

-¡Qué dices, hija! Ajkteen era tu amante, pero él es tu marido. No puedes hacer eso.

-Sí, mi amante, pero era lo único que me permitía soportar a mi marido. De todos modos, he de confesarte que aunque viviese Ajkteen no podría seguir con él. La última vez se comportó de un modo extraño. Y aunque le sigo queriendo..., no sé... No creo que podría seguir como antes. Bueno, no importa. El está muerto, mi marido vivo, y yo pienso irme lejos. He venido a despedirme.

-¿Estás segura? ¿Piensas llevarte a tu hijo contigo?.

-No. El se quedará con su padre. Seguramente haré un largo viaje y no es cuestión de que un niño de dos años me acompañe. Te escribiré. Adiós.

Y se marchó. La señora Fleytt, con resignado gesto, se sentó de nuevo en el butacón, se arremangó las faldas y continuó con su diario baño de sol.

El gigante se plantó delante del policía. El policía, el rostro congestionado por la ira, seguía gritando.

-No tiene derecho a detener el tráfico de las calles. Lo arresto por alteración del orden público. Venga conmigo a la comisaría -ordenó.

El gigante le miraba.

-Tengo una carrera que vencer.

-Pues creo que ya no podrá ganarla.

Y el gigante, sin más preámbulos, cogió al policía por el cuello, lo

elevó un par de metros sobre el suelo y le fracturó las vértebras cervicales. Siguió su camino, dejando al policía con la lengua fuera sobre el asfalto.

Después de detener a unos cuantos coches más, llegó hasta el edificio del centro sanitario. Entró por la puerta, ya que se hallaba en la línea de su trayectoria. Al llegar al fondo del vestíbulo se enfrentó contra la pared.

Durante unos minutos forcejeaba con el muro hasta que consiguió echarlo abajo.

El otro lado daba a la habitación de cuidados intensivos de Christus Alhemm, el cual, al verlo, se puso histérico, y estuvo gritando hasta que el gigante le metió la sabana por la boca. Christus Alhemm, completamente imposibilitado, ya no se hizo notar más.

La enfermera salió del cuarto de al lado. El gigante la observó con cuidado. Llevaba sólo la ropa interior y despertó su deseo.

Se acercó a ella en silencio.

-Ven -la dijo.

La enfermera estaba quieta, rígida, como una muerta. La horrorosa figura del gigante la aterraba. Se sentía incapaz de hacer el mínimo movimiento. Y entonces, fugazmente, se dijo que así debía sentirse Christus siempre. Tal y como se sentía ella ahora.

El gigante la tomó de un brazo. Y esta vez chilló, y se debatió en sus brazos, y le llamó monstruo, y le dijo que se fuera, que su presencia le daba asco, vómitos.

El gigante, en silencio, la soltó. Clavó su mirada durante unos segundos en los ojos de ella. Por fin, en un arrebato de furia contenida, de frustración, su puño aplastó con fuerza el rostro de la enfermera. Y lo hundió, y se quedaron pegados a su piel tejidos cerebrales, y pestañas, y sangre, en un amasijo delirante. Se limpió un poco con la sabana de Alhemm y, derribando la otra pared, salió del centro sanitario para continuar su camino.

Unas calles más y llegó a la meta.

Y justamente en el mismo instante en que él lo hacía, lo lograba su adversario.

Se detuvieron a la misma distancia del testigo. Las normas del juego decían que si ambos llegaban a la vez deberían luchar hasta que uno se declarase dueño indiscutible.

Se tantearon mutuamente. Y el gigante se dijo que si no hubiera tenido el percance con el policía y la chica, habría vencido. Pero ahora no era el momento de echarse culpas inútiles ni pensar en cosas que no han ocurrido.

Su contrincante era, indiscutiblemente, fuerte. Las fuerzas estarían muy igualadas. Pero lo intentaría. Debía vencer por el bien de su compañía. Después de todo era su trabajo.

Y lo hizo. Y ambos lucharon durante mucho rato. Y ambos se dolieron de los golpes mútuos. Y ambos, al fin, cayeron muertos al suelo después de martillearse horas y horas los duros cráneos.

Las dos compañías, desconsoladas, mandaron de nuevo a sus agentes a contratar más gigantes para la próxima prueba, cuando se celebrase. Los gigantes fueron retirados de allí en contra del clamor popular que deseaba sus

cuerpos para diversión de chicos y grandes.

El padre impidió que el niño se metiese el disco en la boca.

-¿Que haces, querido? Eso no se come.

El niño apartó la vista de su padre y la posó en el fuego de la chimenea. El padre, después de cerciorarse de que su hijo no se tragaría el disco metálico, continuó su nervioso recorrer la habitación. Pero, aunque no quería reconocerlo, era inútil. Sabía que su mujer no volvería. Le dijo bien claro que pensaba irse para siempre. Incluso se lo confirmó su suegra cuando habló con ella por teléfono. De todos modos no se resignaba a perderla.

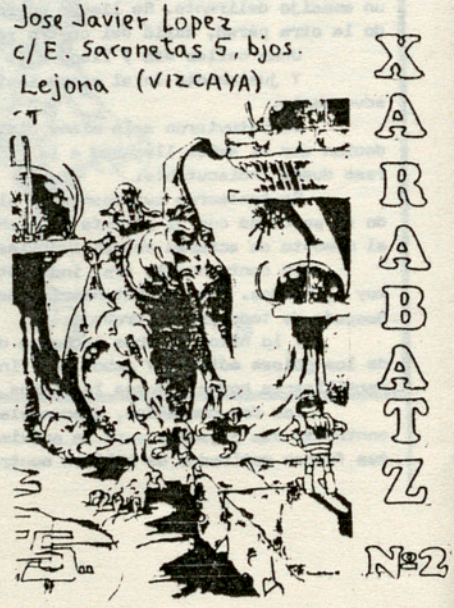
El niño seguía ahora con la mirada los rápidos pies de su padre. Y sentía muy dentro de sí el disco. Notaba en aquella figura de persona mayor, conocida para él, una profunda desesperación, una terrible desazón. Y fluían las lagrimas por sus ojos. Y el disco era cada vez mayor, cada vez más fuerte. Y esto le reconfortaba. Y aunque sus lagrimas seguían cayendo, el apoyo incondicional y poderoso del disco le hacía sentirse menos solo e impotente. Y el fuego de la chimenea chisporroteaba como si alguien dejase caer gotas de agua sobre los leños ardientes.

El disco, en el exterior, se orientó y centró sobre la casa de su creador. Luego, lentamente, se fué posando, aplastando toda la ciudad.

El primero en morir, empero, fue el padre. Y el niño, en el resto de su cortísima vida, nunca pudo olvidar aquella escena.

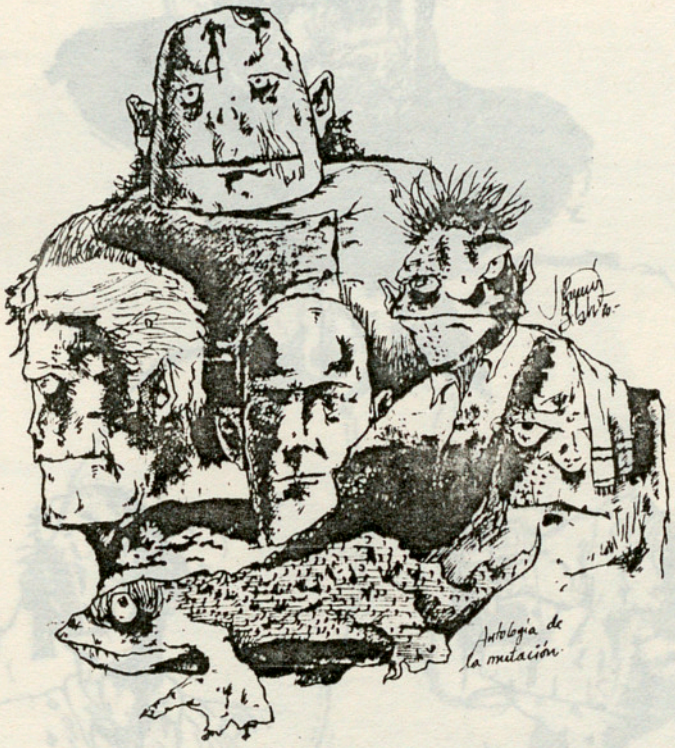
© Juan Francisco Guerrero y CAOS, 1977.

© Ilustración: José Javier Lopez.
Juan Octavio De León

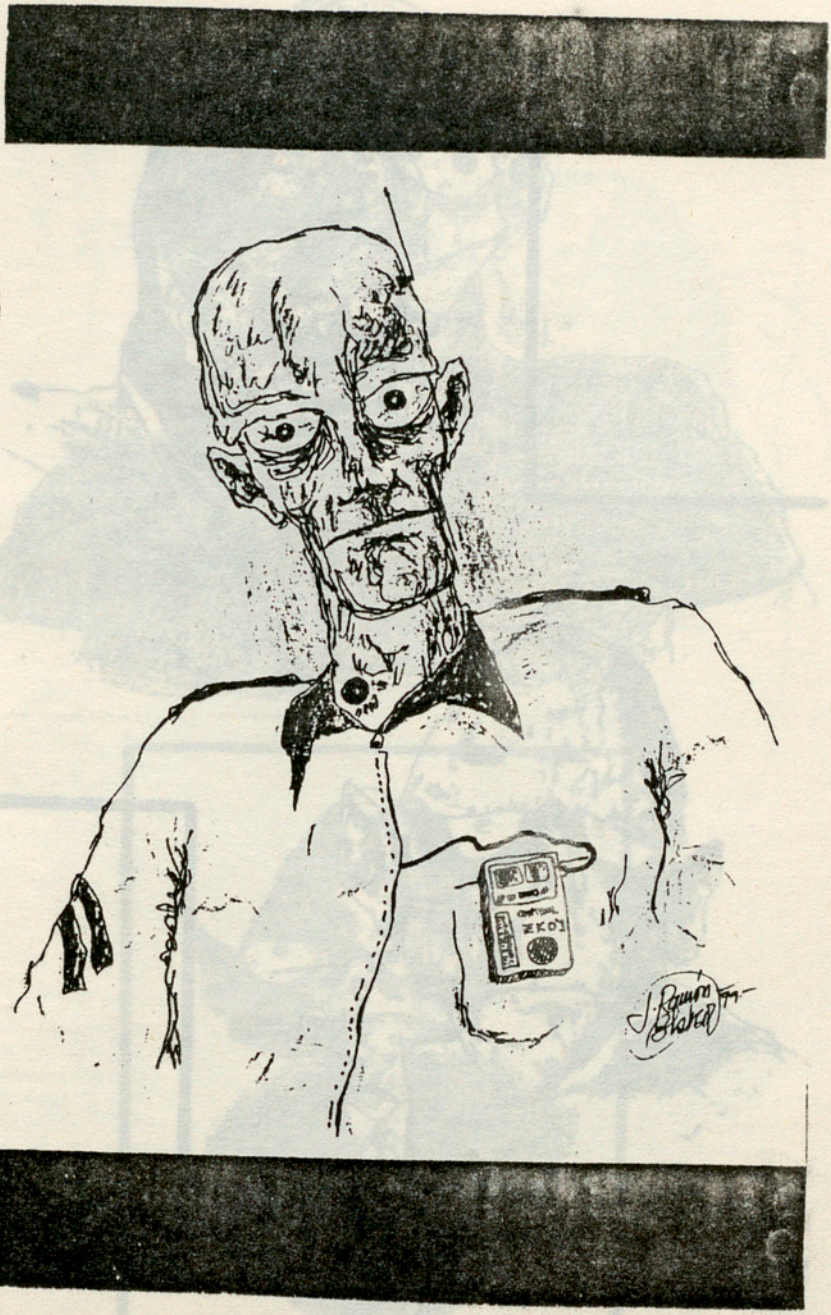


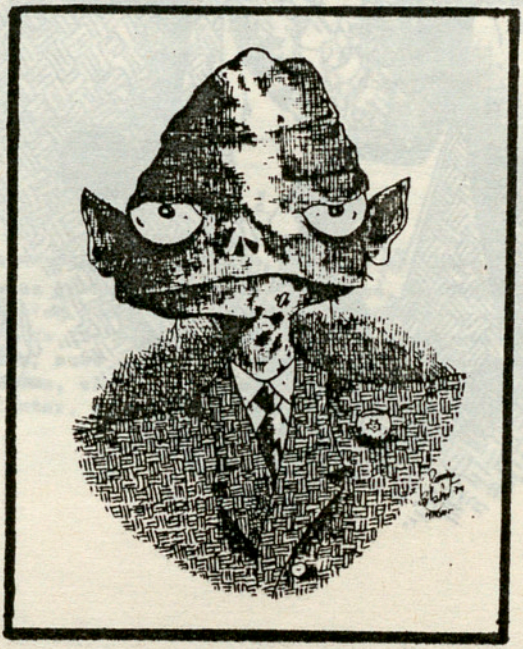
PORTOFOLIO

JOSE RAMON BLASCO



«ANTOLOGIA DE LA MUTACION»

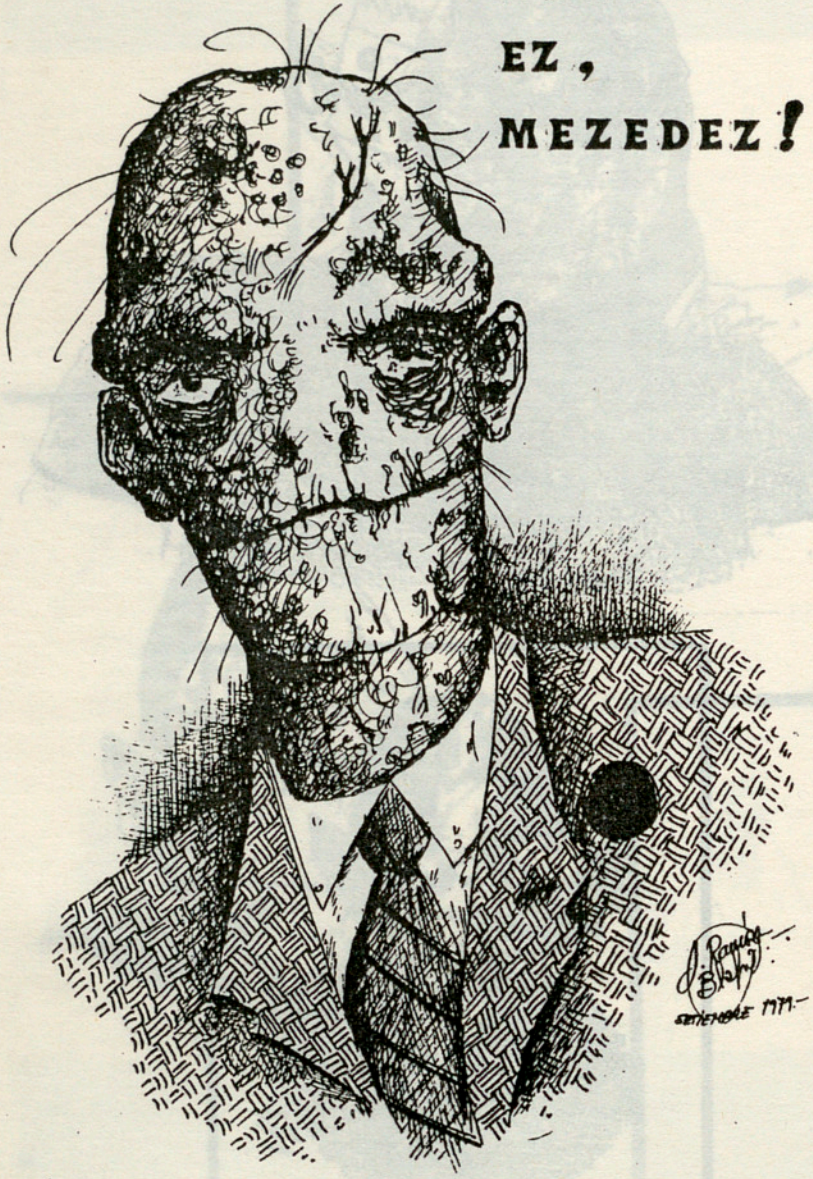




NVKLEARRA?

EZ,

MEZEDEZ!



UNO DE NOSOTROS

CARMEN FIERRO

¡Prestadme oído, oh vosotros, Hombres del Mar! ¡Prestadme oído, oh forasteros en nuestras playas! ¡Viento, no disperses mis palabras! Y tú, ¡oh Madre de las aguas!, recógelas y consérvalas en el seno oscuro de tus olas. Yo os suplico a todos vosotros vuestra benevolencia, pues voy a narraros la historia de Ahmait, el Que Siempre Camina, el Fuerte entre los Fuertes, el de los Rápidos Pies, el Cantor, el Sabio, el Que Ha Vivido Mil Muertes. ¡Que su

memoria perdure por siempre en nuestros corazones y en los de los hijos de nuestros hijos, mientras haya una vela sobre las olas y un pez en las redes, y aún más allá! Que su recuerdo sea eterno como el Mar y la arena, pues son sus hechos famosos hasta más allá de lo que puede cantar mi lengua...

El llegó hasta nuestra ciudad de Cauram caminando por la playa desde el Norte lejano. No era bello su cuerpo, alto y tosco en demasía, y su color era gris como nuestras húmedas arenas. Rasgadas estaban sus vestiduras, y sobre su hombro derecho portaba una caja de música de largo ástil, rotas tres de sus ocho cuerdas. Mas le dimos acogida entre nuestras barcas de aguda proa, pues sin armas vino hasta nosotros, y gentilmente nos habló en nuestra lengua. Sagrada es la hospitalidad de los Hombres del Mar, y compartimos con él nuestra comida, y con nosotros virtió en la Mar las libaciones, y tuvo un lugar junto a nuestros fuegos. Y dijo que Ahmait era su nombre: el Que Siempre Camina, en una lengua extraña. Y le preguntamos si venía de la ciudad de Pent, en la Gran Bahía, mas díjonos que de más lejos le traían sus pasos. Y preguntámosle si era de Bahdum, más allá de las dunas, pero extraño le era el mismo nombre, y mucho más largo fué el camino que recorrieron sus pies cansados. Quisimos entonces saber si Tunait la Lejana era su ciudad, mas de nuevo negó con tristes palabras. Callamos entonces, pues no hay en la memoria de los Hombres del Mar lugares hacia el Norte más remotos que los que ha nombrado, y desconocidas nos son las playas donde el Mar se agita y se rompe en horrendos abismos.

Percibió Ahmait que nuestra curiosidad no estaba satisfecha, y cantónos entonces extrañas historias de los pueblos que eran caros a su corazón. Cantó sentado en la arena, junto a nuestras hogueras, y tenía entre sus manos el largo ástil de su instrumento, mas no pulsaron sus dedos las rotas cuerdas, sino que sólo su voz se unió a las del Mar y el Viento.

Y nos habló de lejanos lugares y de aguas extrañas, de pueblos que no lanzan las redes ni el arpón. Había en su boca historias maravillosas de luchas y magia en mares sin agua ni olas, por los que vagan las estrellas frías. Y de naves que los surcaban sin remos ni velas, arrastradas por los torbellinos del Tiempo sin fin, cargadas de hombres extraños, amantes del Hierro y poderosos con la magia del Fuego y del Trueno; y nuestros corazones se solazaron con el relato de tales hazañas, mas nunca quiso decirnos si vieron sus mismos ojos tales portentos, o habíalos escuchado de la boca de otros.

Mucho amábamos sus cantos, y por cuatro veces nos ofrecimos nosotros, los Hombres del Mar de la ciudad de Cauram, diestros en barcos y redes, lanzadores de aguzados arpones, a reparar las cuerdas de su instrumento para que su música nos deleitase al par que sus palabras. Mas por cuatro veces rehusose, pues muertos estaban ya los dedos que pulsaron las cuerdas rotas, muertos entre diez

mil muertes frías, y ya tan sólo podía amar el recuerdo de las armonías que un día tocaron. Y callamos con respeto, e inclinamos nuestras cabezas y libamos en honor de sus muertos, pues él era ya uno de nosotros.

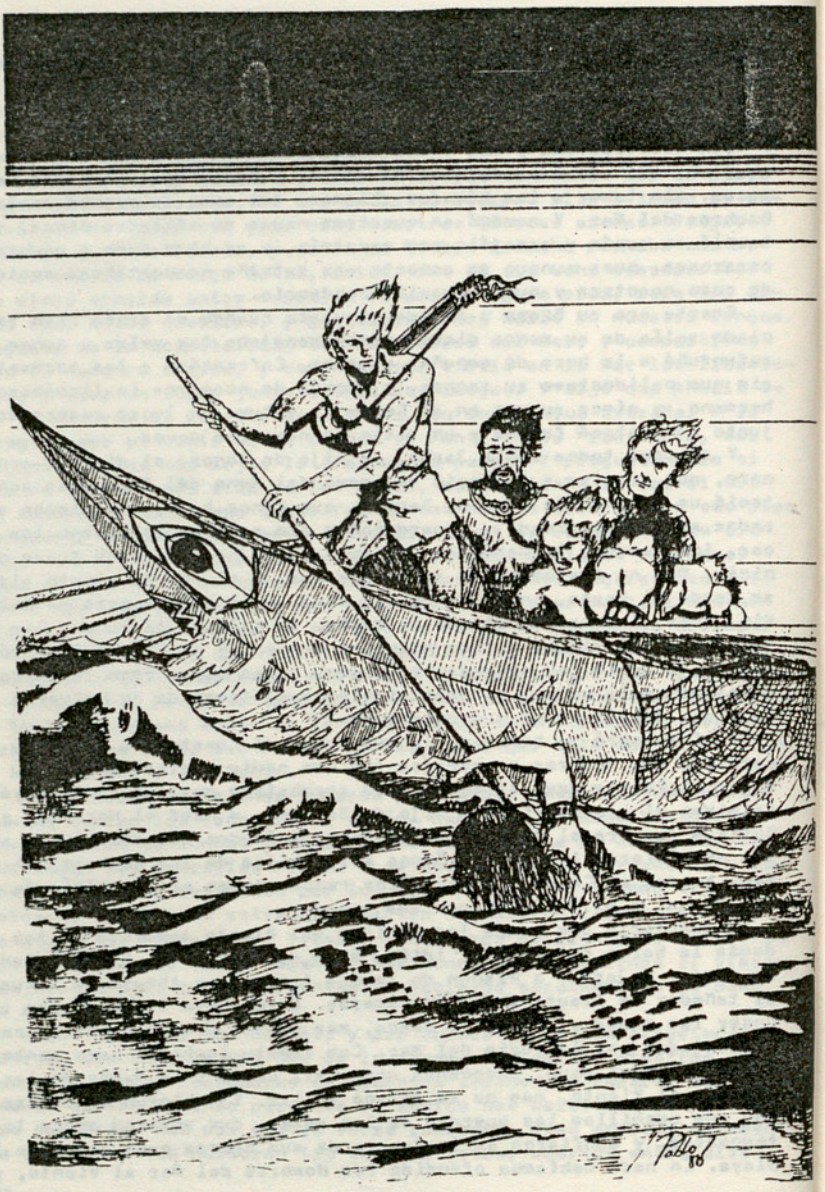
Con nosotros una y mil veces arrojó las redes en el Mar en calma y en medio de las embravecidas olas, y recogiólas cargadas de peces, sin temor a los húmedos abismos, tal como es propio de los Hombres del Mar. Y navegó en nuestras naves de afiladas proas, y templó su arpón y arrojólo con maestría, y se hizo caro a nuestros corazones, pues aunque su aspecto era extraño comportábase en todo como nosotros y nunca suscitó pendencia.

Fuerte era su brazo y rápida su vista cuando el arpón bien templado salía de su mano; diestramente manejaba las velas y nunca refunfuñó a la hora de empuñar el remo. Enfrentóse a las tormentas sin que palideciese su sangre, y muchos de nosotros le llamábamos hermano, y oímos su voz en el Consejo, y tuvo un lugar reservado junto a nuestros fuegos y un sitio en nuestras naves.

Y más que todos amóle Jarut, el hijo de Konor, el diestro arponero, que gracias a él nació de nuevo del seno del Mar. Pues aconteció un día, en la Luna de Sauris, que cinco barcas tendieron sus redes en la oscuridad, y aguardaron a que a ellas acudiesen los peces, invocando a la Madre de las Aguas para que la pesca fuese propicia. Mas no fueron oídas sus plegarias, y el fuerte viento alzóse desde el Oeste, encrespando las olas, y la niebla gris se extendió sobre el agua, ocultando la costa. Se volaron la luna y las estrellas en el cielo, y todo volvióse oscuro, y el Viento impulsó las velas hacia los abismos profundos, y los rayos eran la única claridad en la noche, y todos sintieron el temor de no volver a la playa creciendo en sus corazones.

Allí zozobró la barca de la que Mugar el Fuerte era el guía, y perdióse con hombres y aparejos sin que nadie pudiese evitarlo. Mugar el Fuerte cayó al agua y fué arrebatado por las olas; cayó asimismo el alegre Bishte, hijo de Salgauh, y Rouf el Herrero, y Ousgais que era el hijo de su hermana, y Jaudor que diez lunas antes presidiera el Consejo. Todos ellos hijos de los Hombres del Mar, amados en Cauram, todos ellos reposaron en el seno frío de las aguas, y el Mar jugó con sus huesos.

Y aconteció que entre los rugidos del Viento separóse de las demás la barca guiada por Tidión, hijo de Laomis, el hábil halador de redes. Y Jarut, e Hispón de largas trenzas, y Ahmait, y Zokus el tañedor de flauta eran sus remeros. Largamente lucharon por recoger las redes y salvar la pesca, mas pronto de sus manos fueron arrebatadas por la furia del Mar. Con ímpetu lucharon para mantenerse sobre el agua, invocando una y mil veces a la Madre de las Aguas y al Viento, mas no se aplacó su ira. Y hubieron de cortar con sus cuchillos las cuerdas de las velas, que volaron sobre la tempestad, y confiaron en la fuerza de sus brazos para volver a la playa. En nada habíamos ofendido los Hombres del Mar al Viento, y


Pablo
86

nunca negamos nuestras libaciones a la Madre de las Aguas: sin razón, pues, nos acometían con su furia. Pero nada conseguía aplacarlos, y toda la noche duró la gran tormenta, y el agua del cielo se mezclaba con la del Mar; terrible era el estruendo.

Como montañas de espuma elevábanse alrededor las olas, sumergiendo en su seno a la barca de aguda proa, mas siempre logró remontarlas, pues hábilmente fué construida en las playas de Cauram, con los mejores troncos del árbol de "shaok", que no se sumerge, e impregnadas de pez estaban las junturas. Pero una gran ola, alta y llena de espuma, embistió su popa, quebró el mástil, y arrebató dos remos, y llevóse a Jarut envuelto en sus aguas amargas. Y cuando los demás hubieron vaciado el fondo de la nave, que volvió a alzarse sobre el Mar, liberada de aquel peso, notaron que Jarut, hijo de Konor, el del certero arpón, ya no ocupaba su sitio en los bancos. Y sucedió que en aquel momento calmáronse un tanto las aguas, y decreció la altura de las olas, aunque seguía cayendo la lluvia del cielo y el Viento bramaba ensordeciendo los oídos.

Por cuatro veces Hispón, el de la voz potente, llamó a Jarut sobre las aguas, y soplaron en los cuernos de mar, y todos los ojos escrutaron las tinieblas. Mas no se oyó respuesta, ni veíase al hijo de Konor entre las aguas. Entristeciéronse todos los corazones, pues mucho amor había por Jarut entre los haladores de redes: pero no había forma de hallarle entre el Mar. Y Zokus, el tañedor de flauta, entonó el canto de despedida a Jarut, perdido entre los peces, mientras todos se afanaban sobre los remos vertiendo por él el llanto de sus ojos. Mas fué entonces cuando Ahmait, el Que Siempre Camina, habló entre el rugido del Viento, y fué su voz más potente que el bramar de las olas, para que todos pudiesen escucharla. Y dijo Ahmait el Fuerte: "No es tiempo aún de llorar por Jarut, el que es caro a nuestros corazones. Pues él aún no ha descendido a las profundas moradas de las aguas, entre los peces, y su boca no se ha cerrado al aliento".

Escuchó Fidión sus palabras, el discreto hijo de Laomis, y escucháronlas también Hispon y Zokus, y todos se inclinaron sobre los remos, impulsando la barca de aguda proa a donde Ahmait señalaba. Favorables fueron en aquella hora la Madre de las Aguas y el Viento, y no estorbaron su tarea. Rápida avanzó la nave de los Hombres del Mar hendiendo las olas, y al fin todos oyeron los gritos de Jarut, el hijo de Konor, que les llamaba. Allí le hallaron, envuelto en espuma, asido al remo que la ola que le arrebató lanzó al agua. Y de nuevo pudo subir a la barca y ocupar su lugar entre los bancos, y todos regocijáronse pues ya le habían dado por perdido. Desde aquel día fué su nombre Saunait, el Nuevamente Nacido en el Mar. Ese fué el nombre de Jarut, el hijo de Konor, lanzador de arpón, y así le conocieron sus hijos. Y él besó a Ahmait en la boca y llamóle hermano, e intercambió con él su sangre, pues fué él quien le halló entre las olas.

Mucho se alegraron los Hombres del Mar por aquel suceso, y mu-

cho nos maravillamos todos de cómo Ahmait, el Extranjero, pudo divisar a Jarut en la tormenta, cuando el agua cegaba todos los ojos y ensordecía el Viento todos los oídos. Mas no supimos explicárnoslo: la arena de la playa entró en nuestros ojos, y no vimos; el rumor de la resaca dejó sordos nuestros oídos. La bruma del Mar empañó nuestro entendimiento, y nada entendimos de aquellas maravillas, aunque había tristeza en los ojos de Ahmait, el que fué uno entre nosotros.

Mas estaba escrito que todos habíamos de conocer su poder, y el Cuarto Año, en la Luna de Sibait, fué el día señalado. Fué ese el día señalado entre todos, el Día entre los Días de los Hombres del Mar que habitan en Cauram, junto a las playas grises.

Como todos los Cuatro Años, cuando la Luna de Sibait comienza, arrastramos las barcas sobre la arena, y tendimos al sol las redes, pues aquél era día de regocijo, y no habrían de ser haladas entre las olas. Brillaron mil fuegos en las playas de Cauram, y preparáronse grandes banquetes, y grandes vasijas de barro, llenas del buen vino de geodon, aguardaban el momento de las libaciones. Afináronse todos los instrumentos, y sonaron a una los grandes cuernos de mar, llamando a jóvenes y viejos a las Pruebas.

Muchos y muy hábiles eran los haladores de redes que habían de competir aquel día sobre la arena: Hirmaut hijo de Lumpo, diestro en todas las habilidades, y Yokris de Zebai, sin igual lanzador de arpones, y Oismoi el Herrero, cuya vista era aguda como la del "tremai" de amplias alas. Y estaba también Liodor, corredor que competía con el Viento, y Norem, sin rival en la lucha, y Lumpo el Agil, que siempre logró buena pesca. Y muchos otros eran los que destacaban entre los Hombres del Mar en los ejercicios: el gentil Sindoi hacedor de vasijas, y Pebai y Suko, hijos de Gaudrion, y Taumis, y otros muchos cuyas hazañas se recuerdan junto a las hogueras. Hábiles y valientes han sido siempre los Hombres del Mar que habitan en Cauram, y discretos en el Consejo, y muchos ansiaban lucir en la Luna de Sibait la franja con las tres plumas del vencedor.

Fué la primera la prueba de los mástiles, y Recit, el hijo de Saphis, fué el vencedor, y pocos había en verdad que pudiesen compararsele en habilidad al trepar por los lisos palos, aunque no era buen marino.

Y vino después la prueba del lanzamiento de arpón, y muchos eran en verdad los que en ella participaban, y los guiadores de cada barca animaban a sus remeros, pues no había ni uno entre ellos que no se vanagloriase de tener la tripulación más hábil.

En el primer tiro muchos quedaron descalificados, pues no lograron rebasar la primera línea en la arena, y Jarut, que era ya Saunait, fué quien más lejos envió su arpón, entre la quinta y la sexta línea, y cerca cayeron los de Yokris e Hirmaut. Cayó el arpón de Ahmait entre las líneas segunda y tercera, con otros muchos, aunque cuidadosamente midió su tiro. Y repitióse el lanzamiento, y tan sólo veinte arponeros lograron rebasar la línea segunda, aunque casi

el doble habían tirado. Y de nuevo los arpones de Jarut, Hirmaut y Yokris fueron los mejores, y cayeron más allá de la línea quinta, pero la sexta no la alcanzaron. Y otra vez Ahmait estuvo entre los clasificados: alcanzó la tercera línea, y largamente había apuntado.

Y la tercera tirada difícil era ya en verdad, pues pocos son los que pueden tirar tan lejos. Más esforzáronse todos, invocando a la Madre de las Aguas para que les fuese propicia. Y otra vez fueron Yokris, Hirmaut y Jarut los más hábiles, y tras ellos clasificáronse Sindoi, y Pebai, y Bishtidoi, y Ahmait, aunque tan sólo el primero de éstos rebasó la cuarta línea.

Tiraron de nuevo los siete que quedaban, y grande era ya la expectación, y mucho esforzábanse. Y tiraron de nuevo, y Pebal fué el primero, y quedó su arpón más acá de la cuarta línea, por lo que fué descalificado. Tiró luego Yokris, el bravo arponero, y fué magnífico su tiro, pues clavóse el arpón sobre la línea sexta, y recibió mucho aplauso. Tras él fué el turno de Sindoi, que largamente miró antes de lanzar: y fué su tiro válido, pues cayó su arpón entre la cuarta y la quinta línea. Y también Ahmait, que era el siguiente, apuntó con cuidado, y clavóse su arpón en el filo de la línea cuarta. Dieron por bueno su tiro los Jueces, aunque él no porfiase, pues tenía por seguro quedar descalificado. Y tras él lanzó Bishtidoi el arpón relucientes, mas no tuvo fuerza su brazo, y quedó apartado del juego, inundándose de amargura su corazón. Avanzó pues Jarut, el hijo de Konor, y balanceó largamente el arpón en el aire. Mas dura fué con él tal día la fortuna, pues aconteció que fué a pasar un perro entre los que miraban, y algunos le tiraron piedras porque se fuese, más sólo consiguieron asustarle. Y corrió ladrando por la arena, y enredóse entre las piernas de los hombres, y no sabía ya por donde iba. Y así salió a la arena de las marcas, y metióse entre las piernas de Jarut, que ya era Saunait, e hízole caer, y muchos rieron.

Mas levantóse Jarut, y la punta del arpón traía clavada en la mano, y cesaron las risas. Amarga fué así la suerte del hijo de Konor: abandonóle en verdad la protección de la Madre de las Aguas en aquella hora, y tuvo que retirarse con dolor en su corazón y en el de todos cuantos por él apostaran: pues era en verdad un hábil arponero de fuerte brazo. Y tras él sólo Hirmaut quedaba por tirar, y fué bueno su tiro.

Alineáronse de nuevo los lanzadores: sólo cuatro quedaban, y la línea quinta era su blanco. Yokris fué el primero, y voló potente su arpón hasta la línea sexta y más allá: nunca hiciera tiro tan bueno, pues la superó en una cuarta. Segundo fué Sindai, y quedó descalificado, mas había alegría en su corazón, pues nunca logró tan buen tiro. Joven era aún Sindai, el hacedor de vasijas, y por primera vez participaba en la prueba: honrosamente en verdad había sido derrotado. Y luego apresatóse Ahmait, y meneó largamente el arpón en su mano: triste estaba su corazón por la herida de Jarut, que le llamaba hermano. Tras él estaba Fidion el discreto, que dirigía

su barca, y también él estaba apenado. Y habló entonces a Fidion Temai, que dirigía la barca en la que Yokris remaba y el Viento difundió sus palabras.

Así habló Temai al hijo de Laomis: "Mala suerte ha sido en verdad hoy la vuestra, sin duda tiene queja la Madre de las Aguas de la tripulación de tu barca. Pues tan sólo Jarut, entre todos vosotros, era hábil en las Pruebas, mas ha debido retirarse. El quizás hubiese conseguido para vosotros las tres plumas, aunque difícil es en verdad superar a Yokris, nuestro bravo arponero. Mas ya todo habéis perdido. Y la Luna de Sibait no verá premio alguno en la aguda proa de vuestra nave". Y respondióle el discreto Fidion con bien medidas palabras: "Ligeramente hablas en verdad tú, Temai. Quizás nosotros no somos hábiles en las Pruebas, mas nunca vuelven vacías nuestras redes cuando nos aventuramos sobre las olas. Y aún no es seguro que quedemos sin premio, pues ahí tienes a Ahmait, que aún no ha sido descalificado. Mucho le conozco y es hombre fuerte y hábil, de vista aguda y potente brazo, que más de una vez ha dado prueba de bravura sobre las aguas amargas. Digno es de lograr las tres plumas que Jarut no podrá lograr ya". Escuchóle Temai, el hijo de Iosi, y mal supiéronle aquellas palabras. Y la bruma del Mar nubló su entendimiento, inspirándole palabras de mofa. "¡Tontamente hablas tú, hijo de Laomis, a quien sin razón llaman discreto! Mal podrá lograr Ahmait premio alguno: extranjero vino y con los vestidos rasgados. No ha sido educado en las artes de los Hombres del Mar; mal puedes pues compararle con Yokris, el sin par arponero". Calló Fidion, con el corazón nublado de tristeza, y el Viento llevó hasta Ahmait, el Fuerte entre los Fuertes, las mofas de Temai. Y agitóse la sangre en sus venas, pues él también era Hombre, y supiéronle mal aquellas burlas. Alzó pues su arpón y echó hacia atrás su potente brazo, mientras los ojos miraban más allá de todas las líneas.

Y voló el arpón de Ahmait, el Que Siempre Camina, zumbando como una tormenta: y cruzó la quinta línea, y la séptima, y la octava, y la novena, y todas cruzó sin caer. E hincóse de punta allí donde ya líneas no había, y la arena vibró bajo el golpe.

Exclamáronse todos los hijos de los Hombres del Mar, que habitan en Cauram; y los mismos Jueces maravillábanse, pues nunca hombre alguno presenció tal hazaña. Y mudos estaban todos, y regocijáronse en sus corazones Fidion, y Jarut, y Zokus e Hispon, que por Ahmait habían apostado. Y dieron los Jueces por válido el tiro, y habló entonces Hirmaut, pues su turno había llegado. Y esto fué lo que dijo Hirmaut, vencedor de muchas Pruebas: "Más no quiero lanzar yo mi arpón, pues siempre he de quedar corto después de tal tiro. Y digo que, por mí, quede Ahmait el primero, y sea el segundo Yokris, pues han sido sus tiros mejores que los míos. Que compita él si quiere por el premio, aunque yo no lo juzgo discreto, pues tiros tales tan sólo puede lograrlos un hombre entre todos". Calló Hirmaut, y todos escucharon sus palabras y halláronlas discretas, y Ahmait fué proclamado vencedor de aquella prueba, y grande fué el regocijo, pues

todos habían de recordar aquel tiro. Extremada era el contento entre los que junto a él empuñaban los remos en la bien construída nave, y muchos le felicitaban. Y hablaron entre ellos, y acordáronse, y así le dijo entonces Fidion, el hijo de Lamia. Habló Fidion a Ahmait, el Cantor, con el corazón en las manos, y éstas fueron sus palabras: "Por primera vez, !oh, Ahmait, cara a nuestros corazones!, habrá hoy tres plumas en nuestra barca. Mucho se han mofado de nosotros porque nunca logramos galardón alguno en las Pruebas. !Ea, pues! participa en las demás e intenta ganar algún otro premio. Nosotros sólo por tí apostaremos, pues bien conocida nos es tu bravura y tu fuerza". Escuchóle Ahmait, y poco le contentaron aquellas palabras. Mas no quiso traer la tristeza a los corazones de sus compañeros, que con él remaran en las tormentas, y sobre todo deseó contentar a Jarut, que le llamaba hermano. Y dijo: "Sea pues, si tal es vuestro deseo. Aunque ningún galardón ansía mi corazón, conquistaré dos más para la proa de nuestra nave".

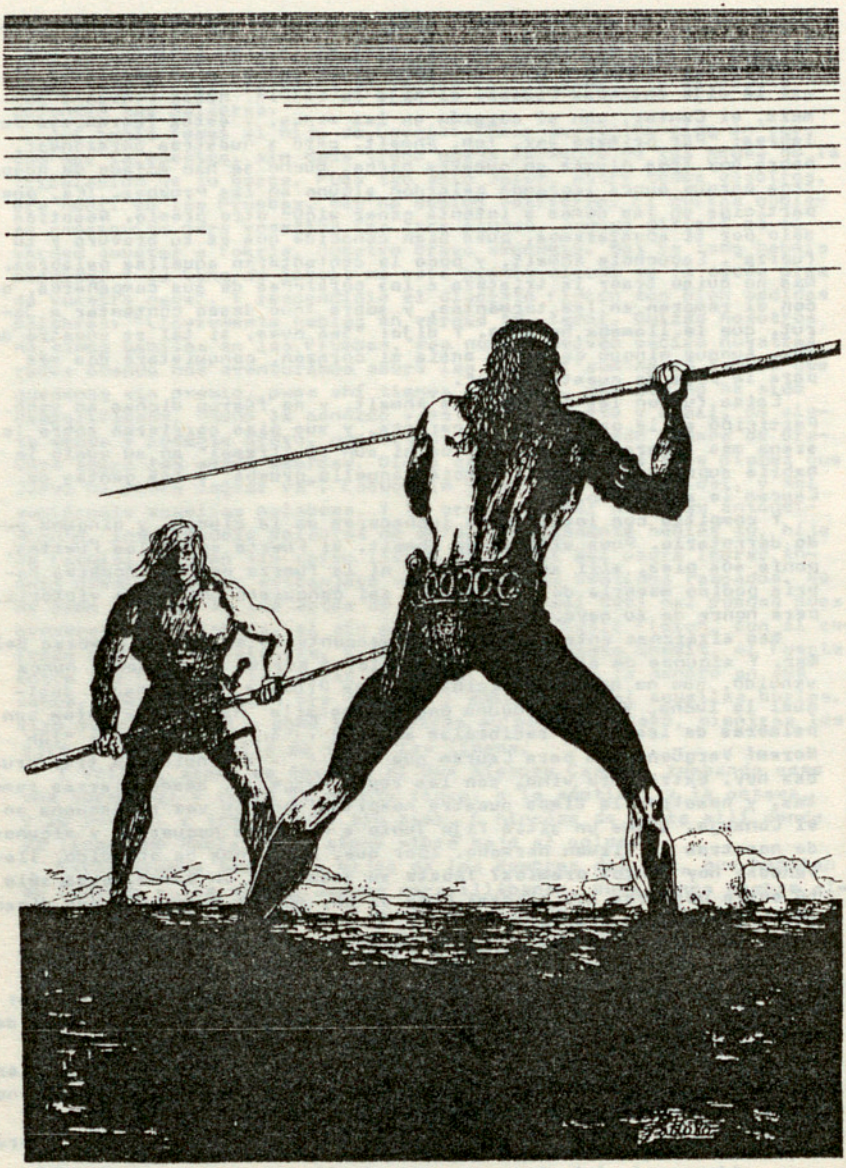
Estas fueron las palabras de Ahmait, y no fueron dichas en vano. Participó en la prueba de la carrera, y sus pies corrieron sobre la arena más ligeros que el Viento: ni aún el "tremai" en su vuelo le habría superado. Y venció también aquella prueba, y las gentes de Cauram le aclamaron.

Y compitió con los mejores luchadores de la ciudad, y ninguno pudo derrotarlo. Pues allí donde Ahmait, el Fuerte entre los Fuertes, ponía sus pies, allí se quedaba: y ni la fuerza de diez hombres habría podido moverle de su lugar. Y así conquistó una nueva victoria, para honra de su nave.

Mas alzáronse entonces voces de descontento entre los Hombres del Mar. Y algunos de ellos fueron a hablar a Norem, el luchador nunca vencido, que no quiso participar en las Pruebas por no hacer desigual la lucha, ya que ninguno podía superarle. Hablaron a Norem con palabras de ira, y él recibiólas en su corazón. Así dijeron: "!Oh Norem! Vergüenza es para Cauram que Ahmait haya vencido en tres pruebas hoy. Extranjero vino, con las ropas rasgadas, desde tierras remotas, y nosotros le dimos nuestra hospitalidad. Su voz se escucha en el Consejo, tiene un sitio fijo junto a nuestras hogueras, y algunos de nosotros le llaman hermano. ¿por qué, pues, nos ha ofendido, llevándose hoy tantos premios? !Abate su soberbia, oh Norem, pues sólo tú entre nosotros los puedes! Pues si no, muchos serán los que digan que temiste enfrentártela.

Escuchó Norem sus palabras, y dejó que entrase en su corazón la soberbia. Tomó pues el cuchillo y las dos lanzas de combate de los Hombres del Mar, y así increpó a Ahmait en la arena de las Pruebas: "!Oh tú, Cantor de extrañas historias! Extranjero viniste a gozar de nuestra hospitalidad, y hoy nos ofendes sin razón en las Pruebas. Prepárate, pues; toma tus lanzas y enfréntate conmigo en lucha abierta, pues yo, Norem, hijo de Aatis, vencedor en diez mil combates, no he de consentir que suframos afrenta por manos extrañas".

Llevó el Viento en sus alas aquel desafío a oídos del Que Siempre



Camina, y embargóle la tristeza. Contestó pues suavemente: "¿Por qué, oh Norem, me hablas con ira? ¿Cuándo y de qué modo he podido ofenderte? Entre vosotros me recibísteis y uno de vosotros me ha considerado desde entonces. Como uno de vosotros he remado y largado las redes sobre el Mar profundo, entre las olas y el Viento. Mi corazón está lleno de gratitud hacia vuestra hospitalidad, y nadie ha podido ver otra cosa en mis hechos. Como uno de vosotros he participado hoy en las Pruebas, y ninguno me lo habeis impedido, mas dispuesto estoy a renunciar a los galardones que obtuve si así lo decide el Consejo, y opinais que no los merecí con derecho". Así habló Ahmait, y sus palabras estaban llenas de sabiduría. Mas el corazón de Norem habíase cerrado, lleno de soberbia, y renovó su desafío.

Apeló pues Ahmait a los Jueces, y a Terdor, que era el jefe del Consejo: pues no placía a su corazón enfrentarse en lucha abierta con uno de los Hombres del Mar, que habíanle brindado su hospitalidad. Deliberaron los Jueces, y difícil en verdad era su decisión. Pues justas eran las palabras de Ahmait, el Cantor, que nunca promoviera pendencia. Muchos le amaban entre las naves de agudas proas: bravo era en el Mar, y gratas sus extrañas canciones. Mas otros habían sido tocados de locura, y dieron oídos a las voces de Norem, y de ahí podía seguirse pendencia y grave mal para cuantos Hijos de los Hombres del Mar habitan en Cauram. Habló por fin Erosem, el más viejo de los Jueces venerables, y llenas de buen sentido fueron sus palabras. Así dijo a Ahmait, el Apenado por Diez Mil Muertes: "Has sido oído, oh tú, el Que Siempre Caminas. Buenas son tus razones, mas hoy ellas solas no bastan. Entre nosotros has sido admitido, tuyo es un lugar junto al fuego, empuñas tu remo en la nave de blancas velas y tu voz se escucha en el Consejo. Uno de nosotros has sido hasta ahora, y es nuestro deseo que sigas siéndolo. Toma pues, como uno de los Hombres del Mar, tus dos lanzas y tu cuchillo, y responde al desafío de Norem: ¡que la Madre de las Aguas os proteja a ambos, y guíe al más justo en el combate!". Habló Erosem, y todos inclinamos la cabeza ante sus palabras. Empañados estaban de tristeza los ojos de Ahmait, mas tomó las lanzas y el cuchillo, y habló a Norem con suaves palabras. "Acepto el desafío, pues así se considera justo. Mas sabe, oh Norem, que ningún mal te desea mi corazón, pues sólo hay en mí amistad hacia todos los hijos de los Hombres del Mar, que habeis dado reposo a mis pies cansados". Así dijo, y apresto lanzas y cuchillo.

Dieron la señal los Jueces, y los Hombres del Mar contemplaron la lucha junto a Cauram, en la gris arena de la playa. Allí fué, junto a las naves de agudas proas, la lucha que enfrentó a Norem, el Invicto, con Ahmait, el Cantor, por mil muertes apenado. Y empuñaba Norem firmemente su lanza, de fuerte ástil y punta bien templada. Y giró alrededor de Ahmait, que le daba siempre la cara. Por cuatro veces giró Norem, y al cuarto giró arrojó la lanza. Fuerte y bien dirigido era el golpe de Norem, vencedor de mil combates: potente voló la lanza de punta afilada hacia el pecho de Ahmait. Y éste la esperó a pie

firme, sin esquivarla. Y llegó la lanza junto a su pecho, y alzó Ahmait el brazo, de un buen cuchillo armado, para recibirla. Cortó el aire el cuchillo, más veloz que el viento de invisibles alas: y partióse en dos el ástil de la lanza de Norem, y rota cayó a los pies de Ahmait.

Con fuerza gritaron los Hombres del Mar, pues tal forma de combate nos es extraña. Mas limpio fué el golpe, y así los Jueces lo acordaron.

Palideció Norem dentro de su soberbia, mas expulsó el miedo verde de su corazón y empuñó la segunda lanza. Y giró alrededor de Ahmait por cuatro veces, pero más cuidadoso fué ahora su avance. Y al cuarto giro fintó con su mano derecha, mas no arrojó la lanza, sino que la cambió a la otra mano. Más veloz que el rayo fué el movimiento, pues gran luchador era Norem, el vencedor de muchos combates. Y de su mano izquierda partió la segunda lanza, recta y potente hacia el pecho de Ahmait. Y no pudo detenerla el cuchillo, aunque rápido era el brazo del Que Siempre Camina.

Rapida era su mano, mas no pudo detener la lanza de Norem, el luchador. Voló la lanza hasta el pecho de Ahmait, recta y firme voló. Mas no llegó a hincarse: contra su pecho chocó la lanza como arpón que rebota contra las peñas duras, y chocó sin clavarse. Rompióse el ástil por el esfuerzo y lejos voló la punta sin causar herida, pues duro era el cuerpo de Ahmait, el Fuerte entre los Fuertes, con la dureza de las amarillas rocas que el Mar embiste.

Maravilláronse los Jueces; gran maravilla cundió entre todos los Hombres del Mar que en Cauram habitan, pues tal prodigio era superior a lo que nunca vieran ni oyeran sus padres. Verde miedo entró en el corazón de Norem, que vió cercana su muerte, pues, ¿qué podía hacer el cuchillo allí donde las lanzas habían fallado? Y hacia él avanzó Ahmait, el Que Siempre Camina, llevando en su mano sus lanzas: a pie firme aguardaba Norem, dignamente quería ser muerto el que fué mejor luchador entre los que halan las redes. Mas no había pensamientos de muerte en el corazón de Ahmait, y llegó junto a él, y tendióle las dos lanzas, y habló con suavidad en sus palabras.

Así habló Ahmait a Norem, éstas fueron sus palabras: "Toma mis lanzas, hijo de Aatis, pues rotas están las tuyas. Tómalas, y descarga sobre mí tu ira, aunque bien sabe la Madre de las Aguas que nada hice para merecer tu odio. Tómalas sin temor, pues aunque dura es mi carne, también ella puede ser abierta, y es menos amarga la muerte a mis labios que la enemistad de los Hombres del Mar, que aliviaron mis pies cansados".

Escuchó Norem su voz, y rompieron las palabras de Ahmait el cerco duro de soberbia en su corazón, y temió en el fondo de él al que preferia la muerte a la enemistad de los que en Cauram habitan. Y cayó Norem en el suelo ante Ahmait, y ante él agachó la cabeza, y abrazó sus rodillas, pues sintió que mucho le había ofendido con su ira.

También acudieron los Hombres del Mar, e inclinaron su cabeza,

llenos de temor y maravilla, pues la lanza de Norem no pudo atravesar la piel del Que Siempre Camina. No pudo la lanza atravesar su piel, mas él no quiso tomar la sangre de Norem como precio de sus ofensas, y ofrecióle amistad con palabras suaves.

Y avanzó primero Terdor, que era Jefe del Consejo, y quitóse del cuello el collar de piedras azules. Quitóse el collar de Jefe del Consejo, y por cuatro veces ofreciólo a Ahmait, que no era como los demás Hombres. Y por cuatro veces rehusó Ahmait presidir el Consejo, y todos se maravillaron, pues, ¿quién de nosotros no desea que sea su voz la primera en oírse? Rehusólo Ahmait, y más profundamente se inclinaron a su alrededor las cabezas y mil voces se alzaron a su alrededor entonando la Canción de los Héroes, y alzáronse vasos para libar en su honor, pues no era quizás un Hombre como nosotros. Entristecióse Ahmait al ver aquello y alzó sus manos hasta que cesaron los cantos. Así habló el Que Siempre Camina, con suaves palabras de tristeza: "Hombres del Mar, ¿por qué queréis atormentarme? Un Héroe no soy: rasgadas estaban mis vestiduras y mis pies cansados cuando a Cauram llegué desde el Norte. Quizás mi piel es más dura que la vuestra, y mi cuerpo extraño, mas sólo en eso somos distintos: ¡y bien quisiera yo librarme de esa piel como de un vestido ya viejo! No me honréis como a Héroe, pues no lo merezco: me disteis un lugar entre vosotros, y eso es lo único que mi corazón anhela".

Así habló, y le oímos, mas no le escuchamos. Pues el Viento ensordecía nuestros oídos y la arena de la playa cegaba nuestros ojos. La bruma del Mar empañó nuestro entendimiento, y no entendimos. Dejamos de honrar a Ahmait con nuestros cantos, pues tal era su deseo, mas le honramos dentro de nuestros corazones, pues sentíamos que no era como nosotros, y la bruma del Mar empañaba nuestros sentidos. Ya no le escuchábamos como a uno de nosotros en el Consejo, sino que su voz hacía inclinarse nuestras cabezas, y sus cantos que antes nos habían deleitado se convirtieron en cantos sagrados para nuestros oídos. Ya no deseábamos que lanzase la red desde las naves de blancas velas, y Fidion temía darle órdenes. Incluso Jarut no osó más llamarle hermano, y el corazón de Ahmait llenóse de tristeza. Calló su voz en el Consejo, aunque todos aguardábamos a oírle hablar, y ya no volvió a cantar mientras acariciaba las rotas cuerdas de su caja sonora. Sus ojos, que antes buscaban el fuego y las redes llenas de pesca, miraban hacia el Sur, hacia tierras remotas.

Locos fuímos, sí: sordos y ciegos. Mas no nos desamparó la Madre de las Aguas, y contuvo el deseo de partir en el corazón de Ahmait, el Que Siempre Camina. Pues tiempos de desastre estaban cerca, y el Viento nos trajo la inquietud desde más allá de las Dunas.

Fué en la Luna de Tarsit, cuando las noches son frías; fué en la fría Luna de Tarsit cuando un hombre de Bahdum llegó hasta nosotros. Caminando por las Dunas vino, ensangrentados los pies y lleno de heridas: y sus palabras eran palabras de desolación. Con palabras de desolación habló el Hombre del Bosque, más allá de las Dunas, al Consejo de los Hombres del Mar que en Cauram habitan. Pues la muerte ha-

bía caído sobre Bahdum, y sus dioses fueron sordos a sus plegarias.

Destruída había sido Bahdum, abandonada por sus dioses. Hombres extraños cayeron sobre ella: pocos eran, mas había rayos de muerte en sus manos. Algunos murieron bajo las lanzas de los Hombres del Bosque, mas corta y desigual fué la batalla. Caída estaba Bahdum tras las Dunas, y muertos sus habitantes a manos de Extranjeros de poderosa magia. Así habló entre nosotros el Hombre del Bosque, y la desolación entró en nuestro corazón, pues tiempo ha que conocíamos a las gentes de Bahdum, y lo que a ellas abatiera, ¿cómo podría resistirlo Cauram?

Gachas estaban nuestras cabezas cuando Ahmait, el Que Siempre Camina, se alzó entre nosotros y tomó la palabra. Habló Ahmait a nuestros corazones, y nosotros guardamos en ellos sus palabras. "Hombres del Mar, grande es la amenaza. Poco propicia es la Luna de Tarsit sobre nuestras cabezas, pues el peligro es mucho, y las fuerzas no bastan. Sé de los que así han destruído Bahdum, y no hay piedad en sus corazones. Son gentes sin fuegos ni amigos, gentes expulsadas del Consejo de los suyos. De entre los suyos expulsados fueron, pues se negaron a empuñar los remos y halar las redes. Quisieron compartir los fuegos, mas se negaron a repartir la pesca, y los corazones de los suyos se endurecieron contra ellos, y fueron expulsados de todos los Consejos. Errantes vagan desde entonces, navegando sobre rayos y fuego por negros mares sin olas ni agua, donde brillan las estrellas frías. Como "tauks" son, que no pescan, mas roban las redes de otros. Avidas son sus manos de oro y plata, y de extraños metales que queman, y sus ojos nunca se ven saciados. Llegarán a vosotros y exigirán riquezas, mas nunca se contentarán con lo que podeis darles, aunque sea todo lo que tengais. Y cuando les hayais dado todo, y no quede ni oro ni plata ni metal en vuestras casas, aún exigirán más, y lucharán para arrebatároslo, sin creer la verdad de vuestras palabras. Arrasarán Cauram como Bahdum han arrasado, y partirán maldiciendo vuestros cadáveres, pensando que aún muertos lográsteis ocultarles algún tesoro".

Eso nos dijo Ahmait, y la verdad aleteaba sus palabras, por lo que el miedo verde tocó el corazón de los Hombres del Mar que escuchaban. "¿Qué podemos hacer?" clamaron nuestras voces, y su angustia era tan grande como la nuestra. "Podeis huir y ocultaros: mas sus naves son rápidas como el Viento, y sus ojos ven dentro de las peñas. Podeis luchar, mas empuñan rayos y fuego en vez de cuchillos y lanzas, y su poder rompe las duras rocas". Así habló Ahmait, con la tristeza en sus ojos, y en nuestro interior entonamos cantos de muerte, pues sentimos que los días de los Hombres del Mar estaban contados. Mas decidimos luchar, puesto que el final iba a ser el mismo, y libamos en honor de la Madre de las Aguas, con los corazones inundados de tristeza. Y deliberaron los Jueces, y al fin decidieron. Y, con las cabezas inclinadas, fueron a suplicar en nombre de los Hombres del Mar al Que Siempre Camina. Por boca de Erosem, el discreto anciano, hablaron, y éstas fueron sus palabras: "¡Oh Ahmait, el Fuer-

te entre los Fuertes! Triste es la Luna de Tarsit sobre las playas de Cauram, y hay cantos de muerte en nuestros pechos. !Ayúdanos tú, que eres más poderoso que los Hombres! Ayúdanos, si alguna vez hemos dado deleite a tu corazón, pues nuestros enemigos son más fuertes que nosotros". Así hablaron, y aguardaron con la cabeza inclinada su respuesta. Oyóles Ahmait, y sintió su tristeza, y largamente meditó antes de hablar. Al fin resolvió y así les dijo: "Durante mucho tiempo fuí uno más entre vosotros: alegre hubiese empuñado entonces mi cuchillo y mis lanzas contra nuestros enemigos, y aún hoy estoy dispuesto a hacerlo, pues mi corazón os pertenece. ¿Qué más puedo hacer? Ligeramente hablais cuando me suponeis más que un Hombre, pues no soy otra cosa. Mi cuerpo es más duro que los vuestros, mas arderá como rama seca bajo los rayos de los Extranjeros. Poder no tengo que enfrentar al suyo: nada me cuesta dar mi vida entre las vuestras pues diez mil muertes he sentido ya, y todas eran la mía. ¿Qué otra cosa puedo daros?" Así habló Ahmait, y sus palabras infundieron el desaliento en los Jueces. Y largamente lamentáronse los discretos ancianos, y arrancaron entre gemidos el cabello de sus cabezas y de sal lo sembraron, pues todo estaba perdido. Al Viento lanzaron su llanto los Jueces de Cauram, bajo Tarsit, la fría Luna, y asieron las rodillas de Ahmait, el Fuerte, ante él inclinaron sus cabezas. Ante él inclinaron sus cabezas y nuevamente le suplicaron, con palabras llenas de llanto. "!Oh tú, Ahmait, el Que Siempre Caminas! No endurezcas contra nosotros tu corazón, pues entre los Hombres del Mar eres el Bienamado! !No dejes que para siempre se apaguen los fuegos, que se pudran las redes y las olas del Mar deshagan las agudas proas de nuestras naves!".

Oyó Ahmait sus palabras, y amargas supieron en los labios del Apenado por Mil Muertes, pues en su corazón era uno de nosotros. Amargas fueron en su boca las palabras de los Jueces, y llenóse su corazón de ira al pensar en la muerte de los que le habían llamado hermano. Y así habló Ahmait entre nosotros bajo la fría Luna de Tarsit, con tales palabras habló a los Jueces: "Mucho me pedís, !oh Venerables Ancianos! Como losas pesan vuestras palabras en mi corazón, pues todas las muertes son iguales. Mas haré cuanto esté en mi mano. No os prometo que el verde miedo no tocará vuestros corazones, pues ello no me es posible. No os prometo que sanos y salvos saldreis todos de la lucha, pues muchos llorarán a sus hermanos y amigos, y muchos más habrán de curar heridas llenas de dolor, y bañaremos las grises arenas de la playa con nuestra sangre. Sólo una cosa os prometo: el miedo en vuestro corazón, miedo verde será en los corazones de vuestros enemigos, y sentirán en su carne cada herida que a vosotros os aflija. Eso sentirán, sentirán diez mil muertes en una, y entre ellas no sabrán distinguir la suya". Tales fueron las palabras de Ahmait en el Consejo, así resonaron como el bramido del Mar, y el Viento las recogió en sus alas. Y un tanto confortáronse nuestros corazones, pues Ahmait había hablado y él permanecería con nosotros.

Y aprestáronse a la lucha los Hombres del Mar: afilados fueron

lanzas y cuchillos, y otros nuevos se hicieron para armar a los niños que aún no empuñaban las armas. Copiosas libaciones dedicamos a la Madre de las Aguas, implorando su favor, y aguardamos con el corazón colmado de tristeza.

Colmados de tristeza estaban nuestros corazones mientras aguardábamos a los Extranjeros, los destructores de Bahdum, los que traían la desolación a nuestras playas grises. Y llegaron entre nosotros, cabalgando rayos y truenos en un día sereno, al final de la fría Luna de Tarsit. Tocaba a su fin la Luna de Tarsit cuando sus naves se posaron en las Dunas, y no izaban velas ni empuñaban remos, mas era el fuego el que las impulsaba sobre las alas del Viento. Inmensas eran, que en sus vientres todas las naves de los Hombres del Mar tenían cabida, y aún otras tantas.

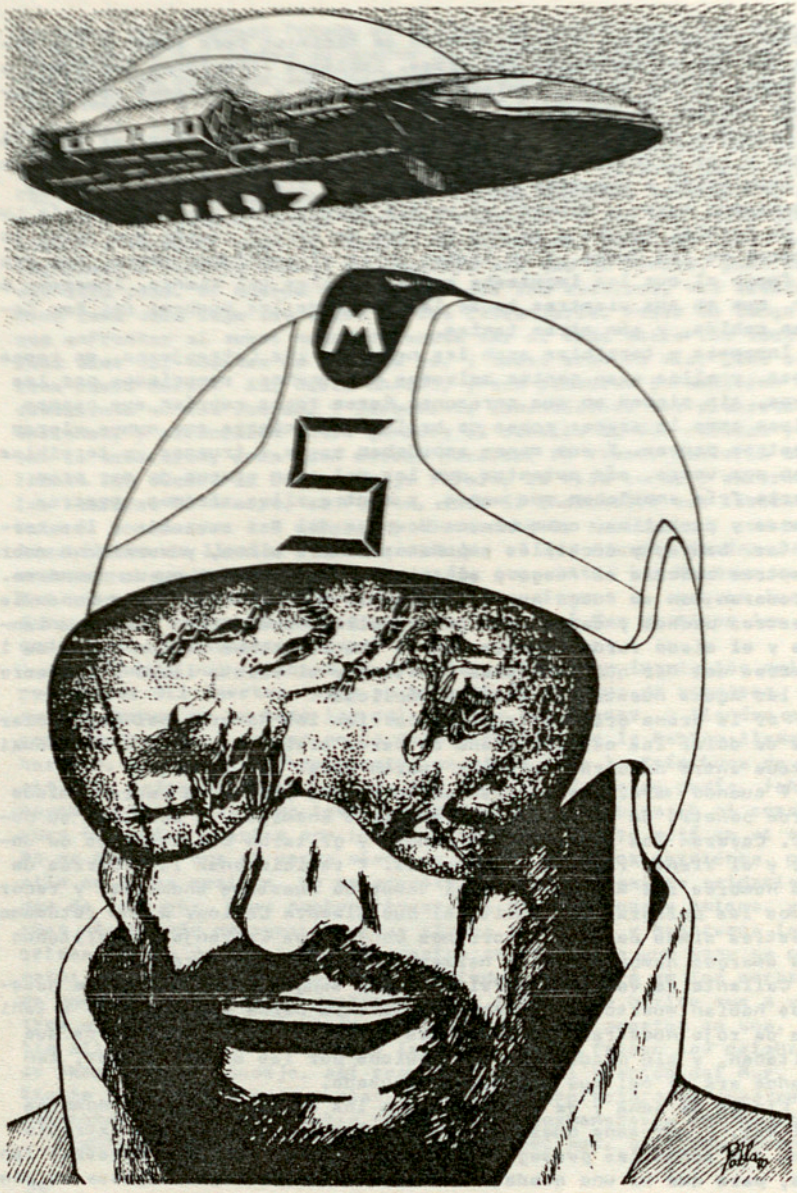
Inmensas y terribles eran las naves de los Extranjeros, de romas proas, y ellos eran gentes malvadas y extrañas, repudiados por los suyos, sin piedad en sus corazones. Raras ropas cubrían sus carnes grises como la arena: ropas de brillantes colores que nunca vieran nuestros padres. Y sus manos empuñaban rayos y truenos, y terribles eran sus voces, más potentes que las del gran cuerno de mar eran. Muerte fría empuñaban sus manos, y contra ellos alzamos nuestras lanzas y cuchillos, como bravos Hombres del Mar avezados a las tormentas. Lanzas y cuchillos empuñamos contra ellos, y vertieron sobre nuestras cabezas el fuego y el rayo, a los que nada puede oponerse. Abrasaron con su fuego nuestras piernas y brazos; su fuego consumía nuestros pechos y cabezas, y contra ellos nada podían nuestras lanzas y el miedo verde enseñoreóse de los corazones de los Hijos de los Hombres del Mar que en Cauram habitan, y el Viento llevó a la Madre de las Aguas nuestros gemidos y súplicas.

Por la arena gris de la playa corrían los Hombres del Mar, abiertas de dolor las carnes, lleno de verde miedo su corazón. Mas Ahmait estaba entre nosotros, y nunca fueron vanas sus palabras.

Y cuando mayor era la desolación en las playas de Cauram, miedo verde penetró en el corazón de nuestros enemigos, y debilitó su poder. Cayeron los rayos de sus manos, y gritaron con aullidos de dolor y el Viento recogió sus gemidos. Y rehiciéronse las fuerzas de los Hombres del Mar al notar el temor de nuestros enemigos, y recordamos las palabras de Ahmait, el Que Siempre Camina. A una retomamos nuestras armas caídas, y corrimos contra los Extranjeros, gritando los amargos nombres de los hermanos muertos a nuestro lado.

Caliente de venganza hervía nuestra sangre, pues muchos de nosotros habían muerto, y quemaban en nuestra carne las heridas. Y teñimos de rojo nuestras lanzas en los cuerpos de los Extranjeros que gritaban, y sin piedad los perseguimos por las arenas grises, tan grande era el mal que nos habían causado.

Llenos de saña y de dolor estaban los corazones de los Hombres del Mar, y cerramos nuestros oídos a las súplicas de los Extranjeros, y a todos los perseguimos. En sus carnes hundimos nuestras lanzas, para que ni uno quedase con vida. ¡Que la arena bebiese su san-


M
5

gre como había bebido la de los Hombres del Bosque, que nunca nos ofendieron! ¡Que su sangre fuese libación en honor de los nuestros que habían caído, llenando de lágrimas nuestros ojos!

Apagóse y murió el poder de los Extranjeros que empuñaban el rayo, y ni uno sólo vivió para regresar a sus playas, más allá de los negros mares sin agua ni olas donde brillan las estrellas frías. Ni uno volvió, y rojas de sangre estaban las arenas grises de la playa, junto a Cauram, morada de los que halan las redes. A todos los perseguimos, endureciendo contra ellos nuestros corazones, y destruímos sus naves, y Ahmait entre nosotros, tinta en sangre su lanza.

Y destruímos sus naves, repletas de la pesca que ellos no habían pescado. Y aconteció que Terdor, que era el Jefe del Consejo, y otros bravos remeros encontraron a uno de los Extranjeros que aún no había muerto. Y muchos quisieron matarle, para que ni uno sólo pudiese contar cómo habían llenado de miedo verde los corazones de los bravos Hombres del Mar. Mas detúvoles Terdor, hablando con buenas razones, y éstas fueron sus palabras: "No le matemos aún, ¡oh Hombres del Mar! Aguardemos hasta saber por su boca cómo ha sido que el terror paralizó el poder de estos Extranjeros, pues en mi corazón anida la curiosidad". Así habló Terdor, y todos prestaron oído a sus palabras, pues grande había sido el portento. Y por cuatro veces interrogaron al Extranjero, que no quería hablar. Mas al fin quebróse la resistencia de su corazón, y las palabras fluyeron de su boca. Y esto dijo el Extranjero, ¡que sus huesos nunca hallen reposo!: "Sabed, oh Hombres del Mar, que extraña en verdad ha sido nuestra derrota. Pues grande era nuestro poder, y no pudísteis resistirle. Y ante él, os retirasteis en fuga, y alegráronse nuestros corazones al veros llenos de verde miedo. Tras vosotros corrimos, para daros muerte y arrebatar vuestros tesoros. Mas, cuando más lleno estaba mi corazón de deleite, un súbito frío descendió sobre mí, y conocí el verde miedo que a vosotros invadía, y vuestros miedos fueron un sólo miedo dentro de mí, aunque eran muchos, y diferentes. Y todos esos miedos fueron mi miedo. Y el dolor de las heridas que os hicimos con nuestros rayos abrasó mi carne, y ardí de las heridas que yo había causado. Dejó caer mi mano el arma, pues su poder contra mí se volvía, mas no por ello cesó el dolor. Y cayó entonces sobre mí lo más terrible de todo, pues diez mil muertes frías avanzaron hacia mí desde la oscuridad, y todas estaban llenas de desolación. Y una de aquellas muertes era mi muerte, y no pude distinguirla entre tantas. Innumerables eran las muertes que se abatieron sobre mí en las tinieblas, tantas como las estrellas en el negro mar sin olas, tantas como las arenas grises de la playa. Ahora habitan en mí, y entre ellas no puedo distinguir cuál es la que me corresponde. Por eso yo os suplico, Oh Hombres del Mar, que hundáis en mi pecho vuestras lanzas, y así por fin podré saber cuál es la que me corresponde". Así habló el Extranjero, al que odiábamos, y turbóse nuestro corazón con sus palabras. Y alzó Terdor su lanza: Terdor, el bravo Jefe del Consejo, el esforzado remero, y hundióla en el corazón del Extranjero.

Partióse al fin su corazón, y la muerte fría invadió sus miembros, y recobró la muerte que era suya entre las muchas que le acosaban.

Murió así el Extranjero, el último de los que descendieran sobre Cauram armados de rayos y fuego. Y dejó turbados nuestros corazones con sus palabras, pues era aquél un prodigio que no alcanzábamos a imaginar. Nublado estaba nuestro entendimiento con la Bruma que del Mar viene, y un extraño temor encogía nuestros vientres.

Y llegó entonces Ahmait entre los Hombres del Mar, y a Ferdor dirigió sus pasos. Por muchas heridas sangraba Ahmait, el Que Siempre Camina; rota y tinta en sangre estaba su lanza, y la tristeza empañaba sus ojos. Habló Ahmait a los Hombres del Mar con suaves y apenadas palabras, y silbó su voz como el Viento en la fría Luna de Tarsit. Así habló Ahmait al Consejo de los Hombres del Mar, así habló entre nosotros: ¿Por qué, oh Hombres del Mar, habeis preguntado al Extranjero, cuando mucho mejor puedo yo contestaros? Mi corazón se entristece, pues ya no me mirais a los ojos como se mira a un hermano, mas bajais la cabeza y hay temor hacia mí en vuestros corazones. Mas no temais, pues sólo amistad hay en mí hacia la gente de Cauram, que como suyo me recibieron. Yo os diré lo que hoy ha sucedido: escuchad mis palabras. Pues acontece que el temor de los Hombres penetra en mi corazón, así como el arpón se hunde en las blandas carnes. Dentro de mí entra el dolor de los Hijos de los Hombres, y como mío lo siento. Y cuando los rayos de fuego de los Extranjeros cayeron sobre las playas de Cauram y el verde miedo tocó vuestros corazones, ese miedo voló hacia mí y yo lo recogí en mi pecho. Dentro de mí lo oí, mil miedos en un sólo miedo, tal como hace tiempo oí el miedo de Jarut entre las olas. Alto y fuerte chilló el temor de Jarut, que ya es Saunait, en la gran tempestad bajo la Luna de Sauris, y su voz me guió a donde estaba él. Así hoy llegaron a mí los gritos de dolor de los Hombres del Mar, y en mí los recogí. Y como lanza en mis manos fué el dolor, y yo lo recogí como lanza. Como lanza lo hundí en los corazones de los Extranjeros que nos acosaban, y suyo fué el miedo verde de nuestros corazones. Se encogieron sus vientres bajo el temor que habían levantado en los Hombres del Mar y las heridas de sus armas llegaron sus carnes. Pues a ellos trasmití el dolor que habían levantado entre nosotros y yo recogí; dentro de sí sintieron la desolación que habían sembrado. Y cuando ese dolor abrió a mí sus corazones y ya no tuvieron defensa, lancé sobre ellos las diez mil muertes frías que en mí llevo. Diez mil son, innumerables como las olas del Mar, todas distintas y todas iguales. Y entre ellas está la mía, mas ni yo mismo puedo distinguirla. Suyas fueron esas muertes, y las sintieron en sus carnes, y aún fueron también suyas las muertes de los Hombres del Mar que no volverán a halar las redes, y las de los Extranjeros que no volverán a sus playas. Todas las recogí en mí para ellos, y todas fueron iguales, las de amigos y enemigos, en una gran Muerte confundidas. Y esa Muerte descendió sobre ellos helando sus corazones, y no tuvieron ya fuerzas para sostener sus

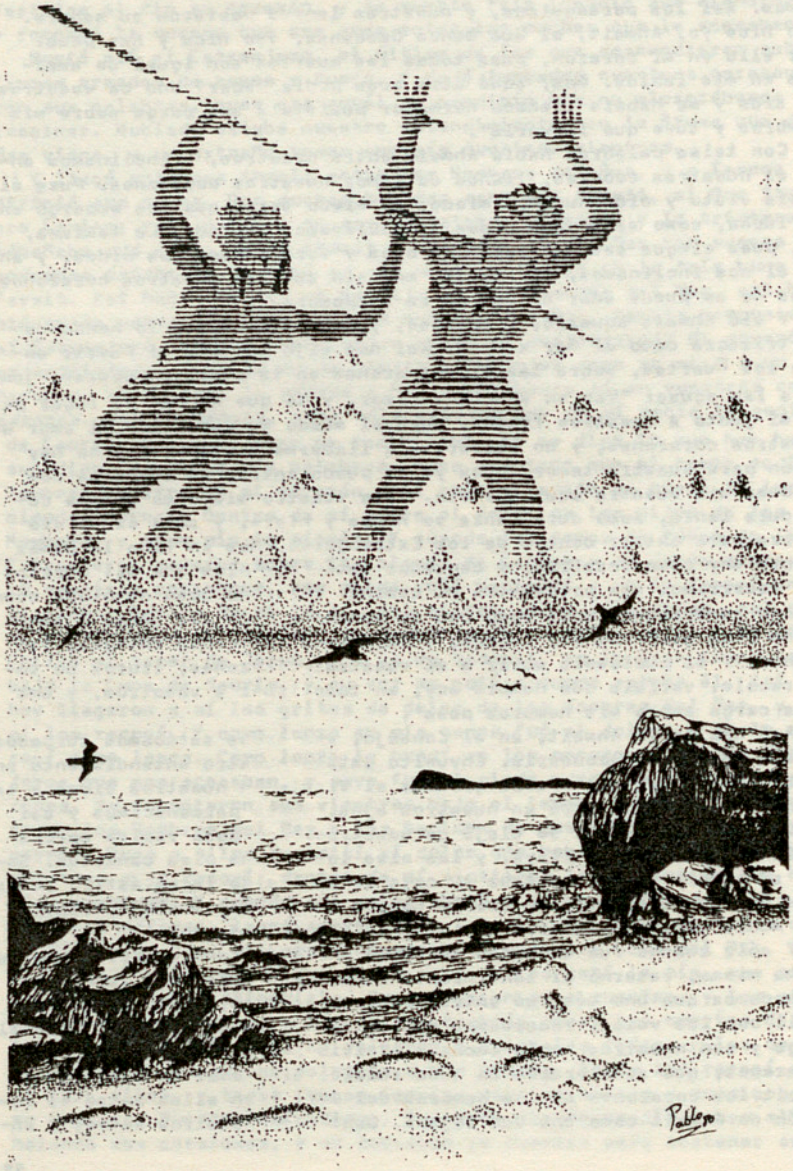
armas. Así los perseguimos, y nuestras lanzas bebieron su sangre. Eso hice yo, Ahmait, el Que Nunca Descansa, eso hice y hay pesar por ello en mi corazón, pues todas las muertes son igual de amargas en mis labios. Mas, ¿qué otra cosa podía hacer? Uno de vosotros he sido y me habeis llamado hermano: pusisteis una carga sobre mis hombros y tuve que llevarla".

Con tales palabras habló Ahmait entre nosotros, e inclinamos ante él nuestras cabezas, llenos de temor nuestros corazones. Pues él había visto y oído nuestro miedo, el miedo verde que nos embargó en la lucha, como si en sus oídos lo hubiésemos gritado. Le temímos, sí, pues ciegos estaban nuestros ojos y sordos nuestros oídos, y ante él nos inclinamos, con temor, mas sin amor en nuestros corazones, pues no se puede amar al que no es un Hombre.

Y vió Ahmait aquello, y apenóse, y nos habló desde lo hondo de su tristeza como el Mar amarga. Así nos dijo Ahmait, el Fuerte entre los Fuertes, sobre las grises arenas en la playa de Cauram, junto a las aguas: "Veo en vosotros temor, y sé que no hay ya lugar para mí junto a vuestros fuegos, pues el miedo ha expulsado el amor de vuestros corazones, y no volvereis a llamarme hermano. Mas no hay razón para vuestro temor, pues yo no puedo entrar en vuestros corazones sin vuestra aquiescencia. Sólo vuestro miedo me golpea como dura lanza, como dura lanza se hinca y hiere, y sólo él me dió fuerza para entrar dentro de los Extranjeros. Mas en todo lo demás Hombre soy como vosotros, y cansados están mis pies que mil muertes han recorrido: mas proseguiré mi camino. Sólo una cosa os pido: como Hombre recordadme, pues como uno de vosotros bebí las redes y empuñé mi remo sobre el Mar amargo, y para vosotros canté antiguas canciones. Y si pudiésais abrir a mí vuestros corazones, libres de todo recelo, veríais que Hombre soy, en todo igual a vosotros, y una dura carga sobre mis hombros pesa".

Así nos habló Ahmait, en el Consejo, mas todos estábamos turbados y nada supimos responderle. Envuelto estaba nuestro entendimiento en la bruma del Mar, con furia gritaba el Viento en nuestros oídos y la arena de la playa entró en nuestros ojos. Mudos permanecimos y así el Que Siempre Camina se alejó de nosotros. Con paso rápido marchó hacia el Sur, por la playa, y las olas lamían sus pies cansados. Sobre su hombro derecho estaba su caja de música de largo ástil, rotas tres de sus cuerdas, y su cuerpo manaba sangre por muchas heridas: mas mudos estaban nuestros labios y le vimos alejarse.

Y sólo cuando fué un grano de arena en la distancia, gris como la arena misma, retornó el sentimiento a nuestros corazones turbados. Recordamos que uno más fué entre nosotros siempre, bravo arponero y hábil con las velas, recordamos que entre nosotros se sentó junto al fuego y con nosotros había luchado. Volvió así el amor a nuestros corazones, que se libraron de todo recelo. Sin temor se abrieron a Ahmait los corazones de los Hombres del Mar, y en ellos entró el corazón de Ahmait como una voz lejana. Dentro de nosotros entró, y en-


Pablo

tonces supimos que ralmente él era un Hombre, y no otra cosa. Y sentimos su soledad y su cansancio, y nos lamentamos en silencio, pues era uno de los nuestros. Y sentimos diez mil muertes en una sóla fundidas, innumerables y distintas e iguales a un tiempo, como las estrellas frías en el oscuro mar sin agua ni olas. Y entre todas aquellas voces de muerte no pudimos distinguir cuál era la suya, ni cuál la nuestra, pues todas, amigas y enemigas, fundíanse en una. Y gemimos desde lo más hondo de nuestro corazón al pensar que uno de nosotros llevaba aquella carga, excesiva en verdad para un hombre sólo.

Y corrió el llanto de nuestros ojos, y al fin se abrieron nuestras bocas, y gritamos llamándole. Le llamamos para que regresase entre nosotros, mas el Viento dispersó nuestras voces y las apagó el rumor de la resaca. Y partimos tras él, mas el Mar borró sus huellas, y el Viento las sepultó entre la arena gris, y no pudimos hallarle. Y así supimos que Ahmait, el Que Siempre Camina, se había marchado.

¡Oh Mar, guarda en tu seno su recuerdo y nuestra llamada! ¡Viento, no la dispersES: llévala hasta sus oídos en tus alas! ¡Y vosotros, forasteros en nuestras playas, recordadlas también para repetírselas si acaso hasta vosotros le llevan las olas! Decidle que está vacío su lugar junto a los fuegos de Lauram, decidle que falta un remero en una de nuestras naves de afiladas proas. Es ésa, la que luce tres franjas, y en cada una tres plumas: un galardón conquistado bajo la Luna de Sibait, ya lejana. Decidle que vuelva, que le aguardamos, que torne a deleitarnos con sus cantos, a halar con nosotros las redes en la Mar de la calma. Pues uno de nosotros es, y nuestro hermano. Decidle que sin temor ni recelo abriremos a él nuestros corazones, para que de ellos tome no el miedo verde, sino el amor y el regocijo, para que una en una sóla nuestras voces y comparta con nosotros su carga.

Decídselo así, oh forasteros que con benevolencia me habeis escuchado, decídselo y en nuestras libaciones a la Madre de las Aguas le rogaremos que os sea propicia en vuestra pesca y en vuestros viajes...

& & & & & & & & & & & & & & & & & & &

Calló la voz, y la cinta silbó suavemente al enrrollarse. Emil suspiró mientras apagaba con gesto desganado la grabadora.

- Y bien, Raf, ¿qué te ha parecido?

- Es... ¡fantastico! Merece la pena aprender esta lengua pan sólo para escucharlo. ¿Y dices que ya se han recogido tres tradiciones similares en el planeta?

- Así es: ésta es la tercera, y sin duda la más bella. -La expresión melancólica y soñadora de Emil contrastaba con la excitación de su compañero- Se trata de una genuina tradición oral, como ya leerías en el informe: estos Hombres del Mar desconocen la escritura.

- Tradición oral... algo así como nuestros más antiguos mitos y leyendas, ¿no? Para vosotros, los lingüistas, está muy bien, pero mi inquisitiva mente de historiador está llena de preguntas. ¿Hasta qué punto se ajusta a la realidad?
- !No pretenderás que me defina sobre ese punto! Después os dedicaríais a despellejarme concienzudamente... Pero te puedo decir, aunque no pasa de ser una hipótesis, que lo considero muy verídico: cuando grabé esta cinta, pude también observar entre las Dunas los restos de las naves que les asaltaron. Tres Mougan-27, si mi testimonio sirve de algo, y del grupo pirata de Soulder. En conjunto, los hechos que relatan no deben datar de hace más de treinta años...
- !Treinta años! !Muchacho, y qué hallazgo! -Raf se puso en pie y comenzó a pasearse nerviosamente por la pequeña sala de la Base de Investigación Histórica y Lingüística- ¿Quién sería entonces ese Ahmait? Si no se trata de un mito, tiene que ser por fuerza un telépata, y terrestre, además.
- !Oh, sin duda! No sólo eso: diría que se trata de un Cyborg... como yo.

Raf se sobresaltó levemente: después de tanto tiempo trabajando juntos, le costaba recordar que Emil era un Cyborg, un cerebro humano en un cuerpo artificial. Pero su compañero no pareció reparar en su turbación.
- Sí, yo diría que es un Cyborg, y quizás él también provenga de la catástrofe de Playdon... Y ya sabes que morímos allí veinticinco millones de personas, y tan sólo un uno por ciento pudimos ser trasplantados a cuerpos artificiales.
- Playdon... Debió ser terrible aquello, incluso para los que sobrevivísteis. Y si ese hombre era telépata, supongo que se explican muchas cosas. !Chico! !Veinticinco millones de personas gritando en su cabeza, y sin poder hacer nada...! Espero que fuese él el único en poderlos oír.
- Creo que te equivocas en una cosa, Raf. Estás dando por sentado que "Ahmait" era telépata antes de la catástrofe. Yo no creo que fuese así: creo que fueron aquellos veinticinco millones de voces los que se abrieron camino hasta su cerebro, los que despertaron un sentido que no existía. Y quedó despierto para siempre: abierto al miedo y al dolor como una herida que no puede cerrarse, haciéndole huir en busca de un silencio que no existe ni aún en este planeta perdido. Debía saberlo ya cuando se llamó a sí mismo "el Que Siempre Camina": era inútil en el fondo emprender el viaje...

Emil hablaba para sí mismo, y Raf le miró como si le estuviese viendo por primera vez, con una sensación de piedad y temor paralizante y extraña.

© 1980, por Carmen Fierro y Caos.
© Ilustración: Pablo Gutierrez.

S. F. EN LOS PAISES SOCIALISTAS (1)

1) La República Democrática Alemana.

Una literatura de SF con ideas humanistas nació progresivamente, a partir de mediados de los años 50; su contenido está orientado según las mejores tradiciones de la literatura alemana. Un género que correspondía a las aspiraciones crecientes de un círculo de lectores extraordinariamente numeroso, que exigían diversidad y calidad literaria, se desarrolló en función de la indispensable renovación.

Mientras que en las primeras novelas ("Ultrasymet se mantiene secreto" (1956), de Heinz Vieweg; "Tierra sin noche" (1956), de H.L. Fahllberg; "Los invisibles" (1956), de Günther Krupkat; "Gigantum" (1957) y "Titanus" (1959), de Eberhardt Del'Antonio) la temática científico-técnica dominaba aún sobre el marco de aventuras, las obras de los años 60 denotaban ya una gran madurez literaria; este es el caso, por ejemplo, de "El hombre de otro milenio" (1961), de Richard Grob; "La gran frontera" (1960), "Cuando los dioses murieron" (1963), y "Nabou" (1968), de Günther Krupkat; "Voz del infinito" (1965), de Hubert Horstmann; "El retorno de los antepasados" (1966), de Eberhardt Del'Antonio (esta obra será adaptada al teatro en 1971); "Cazadores de asteroides" (1961) y "En la sombra de los abismos" (1965), de Carlos Rasch.

Paralelamente apareció el toque satírico, como reflexión sobre el presente, ilustrado en las siguientes obras: "Viaje hacia la estrella de los joviales" (1968), de Gerhard Branstner; "Denigración de una estrella" (1968), de Curt Letsche; "La isla del miedo" (1969), de Günther Krupkat; "Siete cayeron del cielo" (1969), de Alex Krüger...

Tras 1970 la SF se ha desarrollado considerablemente. Nuevos autores vinieron a engrosar las filas de aquellos ya citados; fué así como se revelaron: Herbert Ziergiebel con "El otro mundo" (1970), "El tiempo de los mocos de las estrellas" (1972); Hubert Horstmann con "Enigma de la luna de plata" (1971); Heiner Rank con "Impotencia de los todopoderosos" (1973); A. Leman y H. Tau-

bert con "El empeño de los solarianos" (1973); Alex Krüger con "Antartida 2020" (1973); Klaus Frühauf con "Mutantes sobre Andrómeda" (1974); Otto Bonhoff con "Visita de la niebla" (1974); Wolf Weitbrecht con "Oráculo de Delfos" (1972) y "La hora de Ceres" (1975).

Simultaneamente aparecieron obras satíricas de Gerhard Branster: "El falso hombre en la Luna" (1972), "El robo astronómico" (1974), "En lo alto del cielo"; Wolfgang Kellner: "La recaida"; Johanna y Günther Braun: "El error del gran mago" (1974), "Extrañas apariciones de formas sobre Omega XI", "El factor ausente"; Günther Krupkat: "El hombre de Anti", "La ninfa del machete"; y otros autores.

Señalemos antologías famosas como "Los marcianos" (1966), "El café molecular" (1970), "El prospector de diamantes" (1972), "La espiral Ypsilon" y "El velo del tiempo" (1973), que contienen excelentes relatos de Gerhard Branstner, Günther Krupkat, A. Leman y H. Tabert, Carlos Rasch...

En el terreno de la SF audiovisual se deben mencionar los films "La estrella muda" (según un escenario del polaco Stanislas Lem), "Señales" (según un escenario de Carlos Rasch) y "Solomea"; por otro lado, la pieza de teatro "AR-2 llama a Icaro", así como el film televisivo "Prisionero del círculo secular" y el folletín en tres episodios "La hora del escorpión", todos ellos de Günther Krupkat.

Existe desde 1972 en el seno de la Asociación de Escritores de la República Democrática Alemana, una sección de literatura utópica, en la cual toman parte, además de los autores, científicos, críticos y representantes de editoriales, medios cinematográficos y televisión. En este grupo de trabajo, que se reune dos veces al año en sesión plenaria, se tratan cuestiones teóricas y prácticas. Un intercambio de opiniones tiene lugar en común con motivo de obras examinadas o ya aparecidas. Una de las tareas esenciales de la sección consiste en promover la literatura de SF al lado de los escritores y mantener contacto con el extranjero.

Señalemos aún una serie de obras que, sin figurar entre las más importantes, presentan cierto interés. Citemos, por orden cronológico: "Aurora boreal encima de la palmera" (1957), de Günther Krupkat; "Alarma en la estación Einstein" (1957), "Señales de Venus" (1958), "Incendio en el observatorio lunar" (1959) y "En el cristal del cometa" (1968), que son cuatro recopilaciones de relatos, lo que es excepcional en una producción local tan rica en novelas; "Fusión de átomos sobre el Pacífico" (1959), de Loth Weise en colaboración con K.H. Ball; "Viaje a Venus" (1960) y "Proyecto Sahara" (1963), de Eberhard Del'Antonio; "Señales de la Luna" (1960) y "Carrera a Ganímedes" (1961), de Horst Müller; "La barrera contra el hielo" (1964), de Herbert Friedrich; "El segundo sol" (1968) de Heinz Vieweg; "Una estrella pasa" (1967), "El planeta púrpura" (1971), "La isla de los robots" y "El discreto señor Mc Hine" (1970), de K.H. Tuschel; "Silvanus contra Silvanus" (1969), de Klaus Beuchler; "Día de juicio sobre Epsi" (1973), de Richard Funk;

"Los ojos de los ciegos" (1973), de Werner Steinberg...

En una palabra: una producción abundante, entre la cual destacan Günther Krupkat y Carlos Rasch.

Por supuesto, de esto no podemos decir que se haya traducido al castellano gran cosa. La SF de la RDA sigue siendo desconocida para nosotros.

2) Bulgaria.

La SF se haya representada por Anton Donev -que ha publicado una antología de sus cuentos: "Humor fantástico" (1966)- y Svetoslav Minkov -que escribe indistintamente SF y Fantasía: "Autómatas" (1932), "Asfalto" (1968)-.

Por otra parte, la antología titulada "Siglo XXX" (1974) incluye otros 13 escritores búlgaros de SF. Lamentablemente tampoco tenemos constancia de que se haya traducido al castellano.

3) Polonia.

No existe otra escuela polaca de SF que cuatro grandes figuras. Primeramente Stanislaw Ignacy Witkiewicz, cuya obra entera tiende a demostrar el absurdo y la locura de un mundo que castra a los individuos para hacer robots funcionales; a él se deben "Adiós al otoño" y "El insaciable" (1930). En segundo lugar Bruno Schulz, que pone igualmente en escena a una Humanidad amenazada por la robotización en "Las tiendas de canela" (1934) y "El sanatorio del sepulturero" (1937). En tercer lugar el humor negro y el aspecto insolito de la imaginación, que aparecen en "El elefante" (1958), del dramaturgo Slawonir Mrozak. En último lugar el tema de la robótica, frecuentando la obra monumental de Stanislas Lem, que no ha abandonado jamás el optimismo radical y un tanto naif manifestado por la mayor parte de los eslavos de SF.

Citemos sus obras más importantes y conocidas entre nosotros:

"Astronautas" (1951)
"La Nébula Magallánica" (1955)
"La investigación" (1959), editada por BRUGUERA en la colección Nova, nº 13; Barcelona, 1977.
"Solaris" (1961) editada por MINOTAURO; Buenos Aires, 1977.
"Memorias encontradas en una bañera" (1961), editada por BRUGUERA, colección Nova, nº 16; Barcelona, 1977.
"Regreso de las estrellas" (1961), editada por BRUGUERA, colección Nova, nº 22; Barcelona, 1979.
"El invencible" (1964), editada por MINOTAURO; Buenos Aires.
"Summa Technologiae" (1964)
"Ciberiada" (1965) en: "Fábulas de robots", con 17 cuentos. Editorial GUADARRAMA, colección Punto Omega, nº 230; Barcelona, 1977.
Y en: "Ciberiada", con 11 cuentos. Editorial BRUGUERA, colección Nova, nº 23; Barcelona, 1979.

(Parece ser que GUADARRAMA publicó la primera parte de la Ciber-

ríada incluyendo tres de las expediciones de Trurl y Clapaucio. Cuando BRUGUERA adquirió los derechos sobre la obra de Lem, se vió obligada a prescindir de lo ya publicado por GUADARRAMA y comenzar con las susodichas expediciones, por lo que ambas ediciones tienen tres cuentos en común: las expediciones primera, tercera y sexta)

"La filosofía de la casualidad" (1968)
"Diarios de las estrellas" (1971), editado por BRUGUERA, colección Nova, números 17 y 19; Barcelona, 1978.
"El Congreso de Futurología" (1971) editado por BARRAL, colección Biblioteca Breve, nº 126; Barcelona, 1975.
"Magnitud imaginaria" (1973)
"La fiebre del heno" (1976) editado por BRUGUERA, colección Nova, nº 21; Barcelona, 1978.

4) Checoslovaquia.

Encontramos a Karel Capek, a quien se deben numerosas obras importantes en el campo de la SF: "R.U.R." (1921), obra en la que inventa la palabra robot, derivándola del término checo roboti, que significa trabajar (obra publicada por ALIANZA EDITORIAL en la colección Libro de Bolsillo, nº 20; Madrid, 1966. El volumen se completa con "El juego de los insectos", revista entomológica en tres actos, prólogo y epílogo, escrita en colaboración con su hermano Josef. Hay que aclarar que "R.U.R." es una pieza de teatro en tres acto y un epílogo); "Krakatita" (1924), en torno a un explosivo capaz de destruir el mundo; y "Guerra con las salamandras" (1936), sátira contra la ciencia moderna, o más bien contra la seudociencia (publicada por editorial AGUILAR en su colección Crisol, nº 283; Madrid, 1964), obras ambas que revelan más anticipación científica que ficción política.

Citamos también "La casa de las mil habitaciones" (1929), de Jan Weiss, informe sobre un dictador criptográfico; "Esta tarde el Sol aún se acuesta sobre el Atlántico" (1956), pieza de Vitezlav Nezval protestando contra el uso de la energía atómica con fines bélicos; y la obra más contemporánea de Josef Nesbadba: "El cerebro de Einstein" (1960).

De Josef Nesbadba se ha publicado un cuento, "Vampiros S.A." (asimismo apareció otro de Stanislas Lem: "¿Existe verdaderamente Mr. Smith?") en la antología de CF de editorial CASTELLOTE, colección Básica, números 14-20; Madrid, 1973. Por otro lado la revista NUEVA DIMENSION en su nº 65, de Abril-Mayo de 1975, publicó una mini-antología de la SF checoslovaca, que contenía los cuentos: "El planeta Circe" de Josef Nesbadba y "Purvis" de Karel Michal, y la poesía de SF "La invención del fuego" de Miroslav Holub.

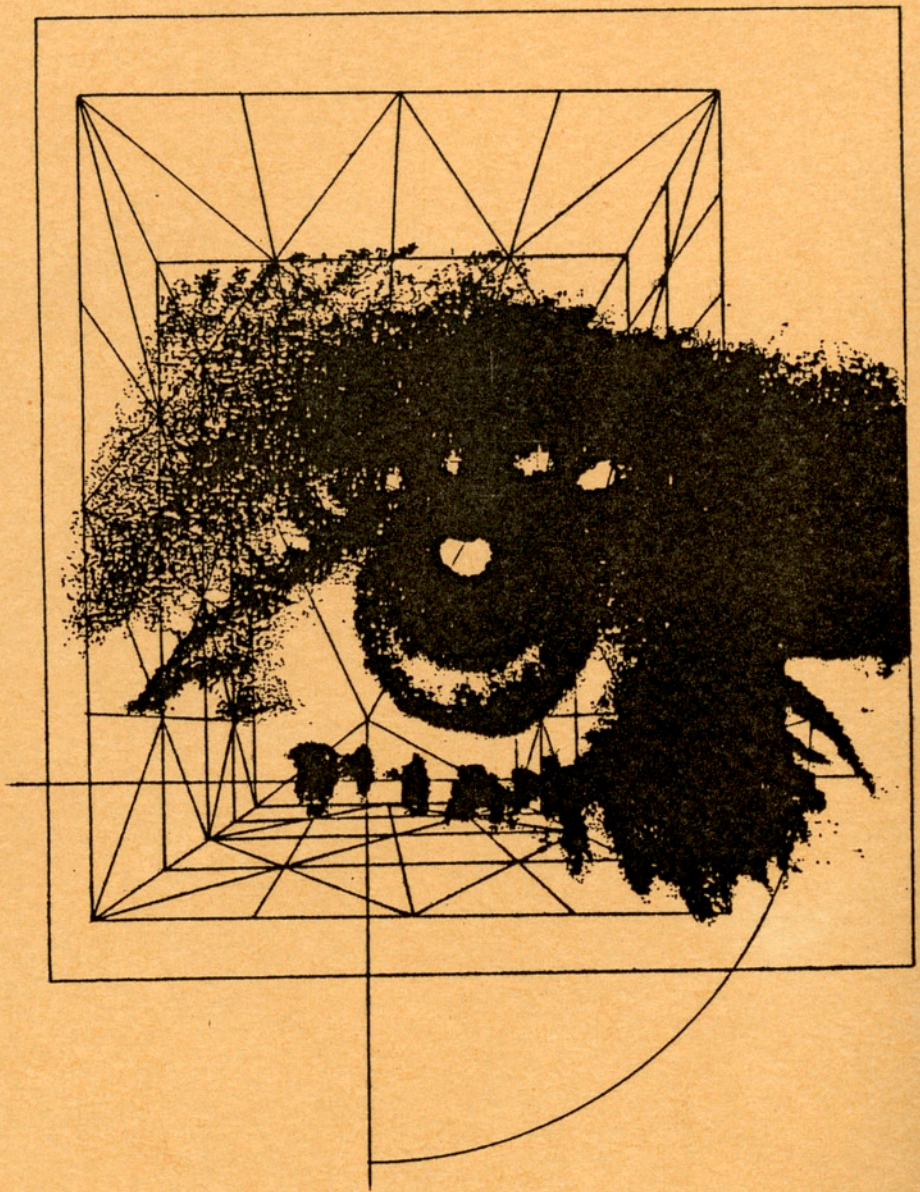
NOTA: Hay una serie de autores checoslovacos de SF (Gerd Maximovic, Wolfgang Jeschke...) que están afincados en la RFA y que por ello no pueden ser considerados dentro de la SF de los países socialistas.

© por Bernard Goorden y Roberto R. Toyos, 1980.

ATENCION A LA

PROXIMA APARICION DE

CLON - FICCION ESPECULATIVA.

INDICE

3	Ante el río Leteo	Roberto R. Toyos
14	El mundo del fanzine	Juan José Aroz
17	Notas explicativas sobre Tanatos	Juan F. Guerrero
29	Portofolio: "Antología de la mutación"	José Ramón Blasco
35	Uno de nosotros	Carmen Fierro
59	S.F. en los países socialistas (1)	Bernard Goorden y Roberto R. Toyos